La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 23 DE MARZO DE 1891 — NÚM. 482

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

* * *

JESÚS EN JERUSALÉN

POR DON EMILIO CASTELAR

Lo querréis ó no; pero el hijo del Hombre jamás dejará de ser nuestro ejemplo sobre la tierra y nuestro ideal en la vida. Los tiempos que pasan, lejos de disminuir, como pretenden algunos incrédulos, esa indecible figura, la enaltecen y agrandan, acrecentándose con los desarrollos de nuestro espíritu el fervor que sugiere. Hanla formado las evaporaciones de nuestras lágrimas, los latidos de nuestros dolores, los relampagueos de nuestras tempestades, los misterios de nuestra muerte, al mismo tiempo que las esperanzas en otro mundo superior á este valle de lágrimas; con lo que, divina y al mismo tiempo humana, en sí resume y compendia el universo material y moral, el cielo y la tierra. Un escritor ilustre, perteneciente á semítica raza, y por lo mismo incapacitado radical-



LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO, cuadro de Arpad Feszty

(Exposición Internacional de Munich, 1890)

mente de comprender la Trinidad, el Verbo, el Hijo de Dios, las ideas heleno-cristianas que componen como el fondo mismo de nuestra religión, se revuelve contra la divinidad tradicional de Cristo y la pone al nivel de las apoteosis y divinizaciones decretadas por los antiguos senadores á los romanos césares. ¡Insensato! El patriciado siervo adoraba en los césares poder, fuerza, riqueza, fortuna, triunfos, glorias, mientras adoramos en Cristo los cristianos el dolor, el sacrificio, el martirio, el holocausto, su pasión y su muerte. Por eso, mientras los sensuales dioses de la Naturaleza desaparecen sumergidos en los oleajes que traen las renovaciones del ser y de la vida; mientras los césares huyen á la irrupción bárbara que subvierte, como un terremoto profundísimo, el suelo europeo; mientras allá, en el Oriente, se petrifican los pontificados de la casta y las liturgias del panteísmo, á pesar de los timbres varios con que brillaban y de las fuerzas materiales que tenían, el Dios de los débiles, de los desheredados, de los tristes, de los humildes, puesto en la Cruz, coronado de abrojos, con sus labios cárdenos, con sus miembros rígidos, en el estertor postrero de una horrible agonía, inclinada su cabeza divina sobre aquel pecho herido, abre los brazos en las cumbres del universo, para que allí busquen su ideal todos los que creen, su consuelo todos los que lloran, su remedio todos los que padecen y su esperanza todos los que mueren. No puede medirse cuánto fortalece, ¡cuánto!, el dolor, y cómo vivifica la muerte. No puede compararse, no, el saber científico de Aristóteles y la elocuencia sublime del divino Platón en mérito con la sencilla y á veces tosca palabra de Sócrates. Y éste supera en la tradición á los otros dos. ¿Por qué tal superioridad? Porque Aristóteles ha sabido escribir, Platón ha sabido hablar la ciencia; pero Sócrates, más humilde por su pensamiento, menos industriado en los problemas altísimos, ha sabido por la ciencia morir. Así Cristo, porque ha sido el Hombre de la pasión y de la muerte habrá de ser toda la vida el Dios de la esperanza y de la inmortalidad. Por eso domina más desde Sión donde muere, que desde Belén donde nace y que desde Tiberiades donde predica. Y tened en cuenta lo sublime de todo cuanto Jesús hace y dice allá sobre la tierra de sus padres. En Galilea el mar de Tiberiades, donde verifica la pesca milagrosa; en Galilea el Tabor, que le sirve de peana para subir al cielo; entre Galilea y Samaria el encuentro con la samaritana, junto al brocal del pozo, en que apagaran eternamente las ideas su sed anhelosa de lo infinito; bajo los techos de Galilea las bodas de Canaán, y sobre una montaña de Galilea el sermón sublime que ha promulgado en palabras divinas la eterna religión del espíritu para toda la humanidad. Y sin embargo, Cristo no ha triunfado en Galilea; Cristo ha triunfado en Jerusalén. Fuera del portal donde naciera, que obtiene del agradecimiento humano un culto parecido á las escenas del Cedronials, el Cristo de nuestras adoraciones será el Cristo de la cena pascual, el Cristo de la oración en el Huerto, el Cristo de la calle de Amargura, el Cristo á quien olvidara Pedro y vendiera Judas, el Cristo acusado por los reyes y maldecido por los sacerdotes, el Cristo de las tres caídas, el Cristo de la crucifixión en lo alto de su Calvario, el Cristo de las siete palabras, el Cristo de la sed horrible, de las llagas en manos y costado, de la hiel en los labios y los abrojos en las sienes, el Cristo de las agonías, el Cristo de la pasión y de la muerte. Como el poema de nuestra redención pasó por Judea, la tierra del Templo, y por Jerusalén, la ciudad Santa, evoquemos en esta semana de recogimiento la imagen de todos estos lugares, tal como se hallaban entonces, y evoquemos al par las causas ocasionales y determinantes de la muerte del Salvador, ignoradísimas de los más, puesto que las primeras causas todos las sabemos: su intercesión por nosotros, y su sacrificio en aras de la redención universal. Veamos, pues, la Judea, la Jerusalén del Cristo y las pasiones que se arremolinaron en torno de su figura santísima.

Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los albores de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth, hanse desvanecido aquí, sustituídas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras. Apriétanse los hogares unos á otros, levantados en grande número sobre las colinas y parecidos en su forma de cubos blancos á cisternas destacadas en cielo azul obscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad; uno, que representa su fariseísmo estrecho y riguroso, el templo de su dios Jehovah; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto á la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan á la ciudad un aspecto hierático aumentado por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del santuario, más aparte del templo, domina todos aquellos patios como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia. Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes y sesenta torres parecen como una guarnición distribuída para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones políticas continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas aseméjanse mucho á las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar á cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer á los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio riscoso, donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada, conocida con el nombre de puerta de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes á la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas más medios de transportes que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas. Los templos eran innumerables. Como el judaísmo á la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó sirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Lo más admirable y lo más rico de Jerusalén, por aquel entonces, era la mansión de su rey Herodes. Graderías enormes la sustentaban como al rey el trono, jardines floridísimos la ceñían de bien olientes guirnaldas, estanques muy claros alimentában en sus patios y en sus floreștas numerosas cisnes, el marfil y el oro y la púrpura se prodigaban allí como en los alcázares de Tiro; la pared que lo cercaba tenía trece metros de altura, la materia que lo componía era de mármoles y jaspes y ágatas, alfombras asiáticas tapizaban el suelo y piedras preciosas resplandecían en las incrustaciones del techo. Tal y tan extraordinario lujo Herodes ostentaba en aquella sociedad generalmente considerada como centro de la maceración y de la penitencia. Dadas las prescripeiones bíblicas respecto del agua y su empleo, el judío necesitaba mucha para sus abluciones, y así había innumerables albercas.

En esta ciudad sólo hacia su parte oriental hallaba el ánimo de sus habitantes algún recreo. El monte de las Olivas, riscoso como todos aquellos alrededores, ofrecía con sus ramajes alguna sombra y algún solaz entre tantas breñas. El sitio de Getsemaní, como su nombre indica, era lo que nosotros llamamos en lengua meridional una grande almazara, ó sea un molino de aceite al aire libre. Allí sucedió el prendimiento de Jesús, motivado por sus predicaciones. Y entre tales predicaciones, la que más indignaba contra Jesús á los judíos eran sus amenazas al templo. La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, aquello que formaba la vieja liturgia israelita, se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás por Salomón y reconstruído en la edad misma del Evangelio por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo nos hablan á una con admiración idéntica de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, decláralo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día. Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríaselo en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrando mucho el templo los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: «No quedará de tanta mole piedra sobre piedra.» Todo lo construído por Herodes cayó en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortiñas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes cual montañas pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo. En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesante, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos, aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo. El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustados y esculpidos sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parra de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los inciensos; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semipersas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas; en otro sitio los holocaustos y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos. Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas que un día el construído por Salomón y preparado por David se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra. Y sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo antes de que la profecía del Salvador se cumpliera.

Mas para el materialismo judío, amenazar al Templo era tánto como amenar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y acerbidades, empapan todos ellos con sus lágrimas los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del templo de Salomón. Así es que los acusadores, concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse por descendiente de Salomón y David rey del pueblo judío. El Sanedrín se unió á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal toda la población judaica y hacía de juez todo el judaico sacerdocio. Las condiciones del Sanedrín en la edad aquella de Cristo resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban en una especie de federación gigantesca gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio. Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobrexcitada la ira judaica por la dominación extranjera, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús.

Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oirle y le insultaron y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se completaba y se perfecionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo sereno y tranquilo por todos nosotros. Está, pues, fundada la eterna religión del espíritu.

Notad todo lo que pasa cuando el Redentor aparece. Los profetas callan, los oráculos se pierden, los dioses huyen, la filosofía reemplaza á la religión; ábrense las puertas de Oriente; los romanos con el instrumento de la guerra universal pacifican el mundo; la idea de Dios sale de Jerusalén como abandonando su patrio nido; la idea humana se transforma en Alejandro y se compenetra y confunde con la idea divina en el sincretismo neoplatónico; las ciudades magas, hechiceras, como Babilonia y Persípolis, arrojan de sí los dioses, los disipan como una nube de incienso en sus orgías; Grecia esculpe el cuerpo del hombre como preparando la naturaleza humana á una apoteosis; Virgilio llama á las palomas del Valle, á los arroyos, á las fuentes, á los floridos arbustos, á las colinas cubiertas de lirios para que presencien la renovación de la naturaleza, la primavera del espíritu; y allá, en un rincón de la Judea, misterioso niño, sin más escudo que el blanco cendal de su cuna, sin más arma que la invisible palabra escapada de sus labios, congrega en torno de sí á los pastores, á los esclavos, á la plebe tenida por vil, á todo lo que era mofa, escarnio del mundo; exalta su conciencia, les revela su espíritu, les declara iguales á los patricios por su origen, superiores por su dolor y sus desgracias, y muere en la cruz, en el ignominioso patíbulo por donde había corrido eternamente la sangre maldecida de los esclavos; y al venir los que van verdaderamente á abrirle paso en el mundo, los que con su martillo pulverizan estado, familia, propiedad, leyes, todo lo viejo para que reciba la levadura de todo lo nuevo, aquella cruz ignominiosa es la salvación de Roma, porque en aquella cruz ha muerto la esclavitud, y á su sombra ha sentido el hombre despertarse en su seno la santa voz de su conciencia que le ha revelado su eterna y desconocida libertad. He ahí por qué, aun prescindiendo de considerar el Cristianismo como yo lo considero siempre, como una religión venida del cielo y revelada por Dios, el Cristianismo es la armonía de todas las grandes oposiciones históricas y el eterno fundamento, la eterna tesis de toda la civilización moderna. ¿No es verdad? El encono de los partidos, el empeño de cierta escuela en presentar á Cristo con la tea de la Inquisición en una mano y la mordaza en la otra; á Cristo, que sólo abrió sus labios para bendecir, que sólo tuvo corazón para amar, que murió para vencer la muerte, que fué esclavo para hacernos libres; los gérmenes arrojados en algunas conciencias por esa filosofía mezquina que dominó á Francia en el siglo XVIII, filosofía de que nosotros, hijos del siglo XIX, siglo de armonía, nos hallamos distantes, pero sobre todo, los grandes crímenes cometidos en nombre de la religión para envilecer á los pueblos, han borrado en muchas almas infelices, nacidas, no para ser piedras de los abismos, ser soles de los cielos; han borrado, decía, la noción cristiana, la fe en esa divina creencia; pero meditad un instante sobre tan sagrada religión y veréis cómo es el sol del pensamiento y de la historia; y si sois poetas, pedidle afectos y os dará una lira como la del Dante, un amor tan puro, tan casto, tan divino como el que simboliza Beatrice cuando sentada en una estrella á la puerta del Paraíso, abre al poeta la mansión del cielo; y si sois filósofos, abismaos en sus profundos dogmas, que han abierto al pensamiento humano los horizontes de lo infinito; y si sois, como yo, amantes de la libertad y del progreso, si deseáis que todas las contradicciones sociales se resuelvan en divinas armonías, que el derecho se encarne en todos los hombres, que el último eslabón de la cadena arrastrada tantos siglos por la humanidad se rompa, que cese la guerra del hombre contra el hombre, y se acaben todas las injusticias, y empiece el reinado santo de la ley divina en el mundo, abrazaos también á Cristo, que su divina palabra derramó en las conciencias la idea de libertad y en los corazones el sentimiento de la fraternidad humana, y sus divinas manos, traspasadas impíamente por el clavo de la servidumbre, han roto la coyunda que pesaba sobre nuestros padres; pues si nosotros, los plebeyos de ayer, los ciudadanos de hoy; nosotros que tenemos por progenitores á los antiguos parias, á los esclavos y siervos de la gleba, vivimos socialmente y respiramos en libertad y somos hombres, lo debemos á la doble redención religiosa y social del Cristianismo.



ELOÍ, ELOÍ..., escultura de D. Tomás Cardona

SEMANA SANTA

I

El Niño anunciado por los profetas y por las sibilas, por quien los cielos se harían resplandecientes y cambiaría la haz de la tierra y los vallados se matizarían de lirios y se teñiría de colores el vellón de las ovejas y se aplacaría el veneno de la serpiente y la esperanza penetraría en el corazón del mundo, nació en Belén entre la persecución del procónsul de Judea y la adoración de reyes y pastores.

El Niño maravilloso, después de confundir á los doctores y arrojar á los mercaderes del templo, enunciando su misión, que era fijar la ciencia y anatematizar el egoísmo, se ocultó como una estrella tras una nube preñada de fecundante riego. Nadie vió sus juegos infantiles ni los albores de su juventud, nadie le encontró tejiendo danzas, ni formando ramos en la Pascua de los ázimos, ni acechando á las doncellas que iban á llenar sus ánforas á la fuente. Vivió esperando el instante de su misión, como el río en su nacimiento espera el crecimiento de sus aguas. Debió ser viril para imponerse y para sufrir de lleno los dolores del espíritu y de la carne, que completaran su sacrificio y que hubieran labrado menos en la inconsciencia de niño. Vino de su Reino eterno abdicando su soberanía, y al encarnarse se sometió á todos los sufrimientos, pruebas, tentaciones y desalientos de la carne. Por eso, cuando arrastrado por Luzbel á la cima del monte de Armenia, desde donde se descubría el universo, se le mostró el ángel malo todo entero, sufrió la mayor tentación de la humanidad: el orgullo. Vió los mares y los continentes: aquéllos brillantes y tendidos, y éstos pululando en objetos asombrosos. Vió á los monarcas de la tierra cubiertos unos con la púrpura de Tiro y otros con las nevadas pieles de Moscovia, recibiendo las adoraciones de millares de pueblos ó elevados sobre el pavés al son de bélicas trompas. El deslumbrante panorama de los mundos con su variedad infinita cruzó ante los ojos del Cristo, que pudo sondar mejor que nadie sus ocultas é inefables bellezas, puesto que habíalas creado.

«Si me adoras, todo eso será tuyo,» le dijo el ángel rebelde.

Y viendo que el Cristo continuaba silencioso, prosiguió diciendo:

«En medio de esos inmensos países elevaré el trono de tu gloria. Los reyes vendrán desde las regiones en donde sopla cada viento para rendirte homenaje; sus caballos y sus camellos, cargados de riquezas para ti, estremecerán la tierra. Si quieres exterminarlos yo te daré el broquel de fuego y la espada victoriosa. Habla. ¿Quieres adorarme?» Así concluía Luzbel.

El Cristo, pálido con la nube del pecado, quería alzar los ojos al cielo y no podía separarlos de la tierra. Fascinado como el ave por la mirada magnética de la serpiente, hinchado de emoción su pecho, el orgullo serpenteaba por todo su ser como un raudal entre peñascos movidos de un terremoto. Hubiera podido desvanecer aquella visión tentadora y decir al eterno réprobo: «¿A qué me ofreces lo que es mío? ¡Vuelve, maldito, al fuego inextinguible!» Pero entonces, siendo Dios, hubiera dejado de ser hombre, y el misterio de la Pasión no habría llegado á su complemento. No; quería luchar como hombre, y luchó sobreponiéndose á la tentación del orgullo, y cerrando los ojos despeñóse de la montaña para como el alud hacerse más grande en la caída. ¡Oh! Esta prueba fué más terrible que la del Monte de las Olivas; pues el temor á la muerte no es tan doloroso como el temor al pecado.

II

Vedle: recorre los campos, no como las mentidas deidades, para lúbricas empresas; no como Brahma en ostentosas encarnaciones, sino humilde, casto, sobrio, medio desnudo. Predica la Buena-Nueva, no como Buda y Confucio en aparatosos estrados, ó como Sócrates perfumado por sus discípulos, sino expuesto á los huracanes de Judea y al ardiente sol de Palestina. Se hiere los pies en los abrojos del camino para acercarse al esclavo que rompe la gleba y decirle: «Tú eres igual á tu señor. Sufre y trabaja, para ser consolado.» Traspone los umbrales del poderoso para advertirle: «Obra bien con los pobres y ten cuidado, porque es más difícil que un rico se

salve, que el que penetre un camello por el ojo de una aguja.» Acoge en su seno á la adúltera que van á lapidar, diciendo: «El que se sienta sin culpa, que arroje la primera piedra.» Se deja enjugar los pies por Magdalena arrepentida, para probar que la humildad es la piscina que lava todos los pecados. Por eso entre las gentes que le siguen en tropel pendientes de su labio, él escoge doce de los más humildes é ignorantes, que en la sucesión del tiempo asombrarán á los Efesios, á los Corintios y á todos los pueblos de la tierra.

«Maestro, le dicen sus discípulos, ¿dónde nos re-



«¡CRUCIFÍCALE!,» cuadro de Carlos Verlat

velarás el verbo de tu doctrina?» Y el Cristo contesta señalando á la eminencia del Gólgota, que se descubre entre las neblinas de la tarde: «Allí.»

Porque no ha querido perder la presciencia de Dios, para sufrir más como hombre. Los que conmueven el mundo con su doctrina ó con sus armas, no saben el porvenir que les aguarda; si triunfantes, creen que su triunfo durará siempre; si vencidos, esperan levantarse otra vez; pero el Cristo, el Hombre-Dios, lee en lo futuro para que sea su Pasión antes que su sacrificio.

III

«¿Quién es ese hombre que se titula Rey de los judíos?,» pregunta el Senado romano al procónsul de Judea.

Y el procónsul responde:

«Es un hombre de maravillosa virtud y hermosura llamado Jesús Nazareno.

»Es grave, de vida ejemplar y de aspecto majestuoso. Predica una doctrina purísima que embelesa á las gentes. Cura á los enfermos y resucita á los muertos; y en resolución, hace tales cosas, que parece superior á los hijos de los hombres.»

Y el Senado, admirado, está á punto de darle cabida entre los dioses del Panteón.

Pero entonces no se colmarían las Escrituras. No, Jesús debe morir para ser Cristo y crucificado. Debe padecer en espíritu y carne como padece la humanidad; debe vencerse á sí mismo, que es la mayor victoria; debe pedir á su padre, que es como pedirse á sí propio, que aparte de él el cáliz de amargura.

Por eso Prudhome, el libre pensador, dice: «Que



SANTA MARÍA MAGDALENA, cuadro de Guido Reni, existente en la galería del príncipe de Lichtenstein, en Viena

la mesiada de Jesús constituye el mayor misterio psicológico.»

Se acerca el momento. Jesús entra triunfante en Jerusalén para que sea más grande la peripecia. Es acusado y va á ser perseguido porque ha dicho á los hombres: «Amaos los unos á los otros.» Caifás, falso acusador, representa la egoísta malicia humana. Pilato, juez y árbitro, simboliza la debilidad de la conciencia supeditada al interés, que transige con éste, diciendo: «Yo lavo mis manos en la muerte de este justo.»

Comienza la Pasión: el drama sublime de los siglos, que ninguna mente humana podría concebir. El drama que resume todas las emociones de la humanidad, excepto la de la sensualidad, que es la piedra de toque de todas ellas, y que no puede caber en el martirio de un inmaculado. Los dolores de la maternidad, las angustias del amor filial por el abandono de la madre, la piedad de las santas mujeres, el remordimiento del mal discípulo, las cobardes aunque momentáneas negaciones del bueno, la soberbia del mal ladrón, la fe sencilla del bueno, el sarcasmo ateo de los soldados, la codicia de los que se sortean la túnica inconsútil, el terror producido por el terremoto, la esperanza en la resurrección gloriosa del Redentor, el asombro de los que le ven salir de entre la losa del sepulcro: ¿qué emoción, qué fibra vibrando en el alma humana falta á esta epopeya divina? Es tan grande, que ha penetrado en el corazón de la humanidad inteligente, que se postra ante la Cruz, sobreponiéndose á las dudas y flaquezas humanas. Insondable como el mar, la Pasión del Cristo sólo se presta á la consideración de los elegidos, sabios ó ignorantes, pero que llevan en sí la luz que ilumina las conciencias. La igualdad de la conciencia humana besando toda entera los pies del Salvador sería la negación del libre albedrío y de los merecimientos de la fe. Por eso existen impíos que le desconocen apoyándose en la ciencia del mundo, que no es la ciencia de Dios; por eso hay pensadores como Víctor Hugo, que sólo admite un Dios resplandeciente, y niega á un Dios llagado y dolorido, porque la mente de los no elegidos no comprende la grandeza del sacrificio; por eso hay ateos que intentan suprimirle para librarse de la temerosa carga de la conciencia; pero todos, al negarle, le sienten en los obscuros abismos de ésta.

IV

Llega el Domingo de Ramos, las gentes se engalanan, las palmas benditas penden de los balcones; no palmas naturales que cimbrean elegantemente, sino palmas rizadas llenas de flores y cintas. No os burléis de ese mal gusto que desmuestra una fe acrisolada: el que ama se ingenia, tal vez se excede en la demostración de su amor.

Las coronas de pedrería, los alos y nimbos de oro, los trajes de ricas estofas, los collares, anillos, escapularios y ofrendas que adornan los altares del templo cristiano en España, son la expresión ardiente de la adoración de los pueblos exuberantes en fantasía. ¿Cómo comparar estos esplendores de la fe sencilla y entusiasta con la fría desnudez de los santuarios de otros cultos y aun de las iglesias católicas de los pueblos del Norte?

Después del Domingo de Ramos, los templos quedan en tinieblas, como deberían estarlo los corazones si meditaran hondamente en los tremendos misterios que se aproximan. Los altares se hallan cubiertos en señal de duelo y para que la imaginación no se distraiga de los místicos pensamientos que deben absorberla. Detrás de aquellas cortinas debe presentirse al mártir crucificado, á la madre llorosa al pie de la Cruz, á los seres que por su ingente virtud comparten la felicidad del cielo y las adoraciones de la tierra. Esos paños que cubren los altares son como el espacio infinito sin estrellas, á través del cual la fe presiente los resplandores eternos.

La iglesia católica tiene la inspiración poética y la intuición psicológica: su culto penetra en la inteligencia y sorprende los sentidos. No basta pensar: es preciso dar fórmula al pensamiento, y por eso la iglesia adorna su culto de tan variados matices y tan ostentosas ceremonias. Las gradaciones y peripecias se suceden en él con natural espontaneidad. El decorado humano corresponde en un todo al drama divino. Es imposible exigir perfección á la criatura humana; esto sería igualarla á Dios: por eso es necesario atraerla, fascinarla, hacerla llegar por medio de los objetos exteriores á la consideración de las verdades abstractas, que penetran con la visión en los limbos del espíritu. La meditación semítica es el embrutecimiento; la idea cristiana es la escala luminosa de Jacob que une al cielo con la tierra.

Los pueblos cristianos, y especialmente el de Madrid, comprenden mejor que ningunos otros el pensamiento de la iglesia católica. Esta coloca á Jesús desnudo, atado á la columna y coronado de espinas, al lado de Jesús postrado en adoración en el Huerto, cubierto con mantos resplandecientes de oro; atraviesa con espadas de plata el corazón de María, y junto al sepulcro del Hombre-Dios ostenta á los soldados romanos con corazas brillantes y yelmos erínitos. ¡Qué ideas tan delicadas en la Pasión y después de la Pasión del Cristo! La Verónica sale de entre las turbas que llenan la *vía dolorosa*, arrastrando el furor de la multitud que ha pedido el suplicio del Justo, y enjuga el sudor del rostro de éste con un lienzo, en el que queda impresa la *santa faz*. ¿Qué otra recompensa podía tener la caridad de la humilde mujer? La Virgen, después de la muerte de su bien amado, huye á Efeso en una barca cuya vela hinchen ángeles invisibles con su aliento perfumado, y lleva en el regazo la corona de espinas de la Pasión. ¿Qué símbolo hay más elocuente y admirable?

El Jueves Santo, día de tribulación, la naturaleza y la humanidad visten galas. En los humildes santuarios de los pueblos cálidos, las plantas trepadoras, ya verdes, penetran por las ventanas del templo obscuro y silencioso. Siempre en los días de Semana Santa recuerdo con enternecimiento un episodio que presencié en la iglesia de Coria del Río: una bandada de cuatro ó cinco golondrinas penetró en la iglesia, llegó al monumento y revoloteó en alegres círculos sobre el sepulcro del Redentor expuesto á la adoración de los files: aquellas inocentes aves parecían mensajeras de la Buena-Nueva que debía salir de la urna divina y esparcirse sobre la haz de la tierra.

V

Madrid se viste de gala el Jueves Santo. El monarca sale con todos sus servidores y criados á rezar las estaciones. Damas ilustres cubiertas de joyas piden para los pobres y desvalidos. Todo esto que parece un contrasentido, es la trilogía de las virtudes teologales: es la *esperanza* de la *fe* cristiana que se desborda en la *caridad*. Dejad pasar un día más, y se rasgarán las cortinas del templo y el Redentor muerto resucitará glorioso, dejando en la tierra los gérmenes de la salvación y la idea de que ha vivido, amado y sufrido en el mundo, y el ejemplo de que amando, sufriendo y sacrificándose se obtiene la recompensa de la eterna felicidad.

¡Qué diferencia entre este Dios mártir y salvador y los dioses creados por los hombres!; por ejemplo, el dios de Víctor Hugo, poderoso y bueno, que desde su inmensidad invisible influye en la conciencia de la criatura sin contacto material con ella: ¡como si la criatura fuese tan perfecta é inteligente que le bastara esta revelación abstracta del bien y del mal! Dad por cierto el misterio de la Eucaristía y considerad si la mente humana ha podido imaginar una cosa tan sublime. Si se siente la idea de Dios, si se explican los problemas del bien y del mal esparcidos por la tierra, si el corazón se conmueve con el llanto de la madre que pierde á su hijo, con los padecimientos del enfermo, con el desvalimiento del pobre; si la caridad, que es el rocío del cielo, hace más llevaderas las desgracias del *valle de lágrimas*, con la fórmula de *amaros los unos á los otros*: todo esto se debe al sacrificio de la Redención. ¿Qué era el mundo antes de la mesiada? Un semillero de tiranías y embrutecimientos, en el que Platón y Sócrates, los justos de aquel tiempo, proclamaban la esclavitud como base de la sociedad. El hombre ocupaba el mismo lugar que la bestia en la consideración humana, y la estrella de la igualdad sufría un eclipse completo, hasta que resplandeció en Belén, atrayendo á los poderosos á la adoración del humilde niño que nacía en un pesebre. A la idea de la igualdad del alma difundida por el Evangelio, los pueblos despertaron de su letargo de razas, y comenzó ese trabajo de zapa, esa labor de siglos que empieza en la conciencia y termina en la caridad. La caridad, hija del Cristo que se sacrificó por ella, será la que resuelva los pavorosos problemas que hoy preocupan á la sociedad.

VI

Madrid es un pueblo impresionable que presenta contrastes inauditos. Pasa con suma facilidad de las cosas serias á las cosas frívolas, ó mejor dicho, une unas y otras en un apasionamiento inconsciente. Nunca mejor que en Semana Santa se observan estos varios matices del carácter popular. Madrid no hace nada por convicción, sino por instinto, y gusta de exhibir sus impresiones. Por esto sus fiestas clásicas son locuras, sin ilación lógica y que á fuerza de mucho colorido no tienen ninguno marcado. En la Semana Santa la nota saliente la dan las mujeres madrileñas, y en éstas incluyo á todas las que habitan en él. Porque Madrid es el pueblo más absorbente del mundo, imponiendo su sello á toda naturaleza extranjera ó provinciana. El madrileño es igual siempre; se agita, curiosea y aprovecha toda ocasión de divertirse: por eso ahora sufre una contrariedad con el derribo de la capilla del Príncipe Pío, adonde iba á adorar la *santa faz* y á visitar los puestos de bebidas. Así es que cuando un madrileño es ó pretende ser reflexivo, ofrece los más extraños contrastes. Conozco un senador que en el senado es libre pensador, y no obstante oye tres misas diarias postrado de rodillas. Pero en fin, estas son excepciones. La Proteo de los contrastes es la mujer madrileña. Si un observador se entretiene en recorrer las iglesias de Madrid, especialmente las más retiradas, en las mañanas del Jueves y Viernes Santo, se quedará estupefacto al encontrar allí multitud de mundanas y pecadoras de todas clases, incluso las que tienen por oficio el pecar. Se las ve allí rebujadas en la mantilla ó con el pañuelo á la cabeza echado hacia delante, rezando contritas sin hipocresía y sin ostentación. Y es que la idea del Dios humanado penetra en sus corazones con la posible esperanza del perdón.

Volverán á pecar, quizá aquellos mismos días; pero tendrán el consuelo de que mientras la fe no las abandone, puede llegar uno en que, arrepentidas, el Cristo sacrificado por ellas les abra sus brazos.

F. Moreno Godino

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Continuación)

Llegada la hora del descanso ocupamos nuestras respectivas celdas, separadas unas de otras por vistosas colgaduras blancas con lazos de color de rosa en los ángulos. El ruido de la lluvia que producía sonoro rumor al caer sobre la arboleda del jardín; el rezo de última hora en la gran capilla del colegio, débilmente alumbrada por la lámpara del Sagrario; la vista de aquel gran dormitorio de cuyas labradas tirantes pendían tres grandes faroles que iluminaban débilmente las filas simétricas de camas; el Cristo crucificado de gran tamaño que colocado en el frente de la sala destacaba sus severas líneas produciendo pavoroso respeto; todo lo que me rodeaba, en fin, unido á las emociones tristísimas de aquel día, ahuyentaron el sueño de mis ojos en aquella larga noche que nunca olvidaré. Algunos ratos sentía verdadero pánico y cubría mi cabeza con la sábana, acosada del más terrible miedo; mil ruidos extraños aumentaban mis zozobras; la lechuza dejaba oir su misterioso y lúgubre silbido; mi cuerpo se agitaba tembloroso pareciendo que mi lecho oscilaba en todas direcciones. ¡Qué larga noche! De tiempo en tiempo las cortinas de la celda se abrían dejando ver la respetable cabeza de algunas de las profesoras; yo fingía dormir y bendecía desde el fondo de mi alma aquella tierna previsión que nos seguía á toda hora y en todo momento con compasiva y maternal solicitud.

La siguiente mañana, después de oída la misa que se decía bien temprano, entramos varias niñas bajo techado á esperar la media hora que nos separaba del desayuno, que otras más intrépidas y animosas invirtieron en recorrer el jardín asaz húmedo y fresco por la lluvia de la noche. La amplia crujía que recorríamos en todas direcciones, cogidas de la mano y en charla alegre y bulliciosa, servía de ingreso á otras habitaciones que daban al campo y que utilizaban las madres para ropero y almacén. Un sol radiante penetraba por las grandes ventanas, abiertas de par en par, y sus rayos llegaban á ratos hasta nosotras al pasar por delante de las macizas puertas que daban al corredor. La madres iban de una á otra parte sonando los rosarios y las llaves, sacando rimeros de ropa, pertrechos de comida y entregadas con la buena voluntad que lo hacían todo á sus múltiples ocupaciones. Nos encontrábamos tres ó cuatro de conversación frente á la puerta de una de aquellas cámaras, mirando por la ventana que frente á ella había la dilatada campiña, envuelta en ligera bruma que poco á poco iba esfumándose hasta los límites del horizonte. Contemplábamos tan hermoso paisaje desde el quicio mismo de la puerta y levantábamos en alto á la pequeña María, que contaba apenas seis años, llamándole la atención sobre una pareja de hermosas águilas que describían grandes círculos á nuestra vista. De repente y sin saber por



EN EL TEMPLO, cuadro de Ernesto Zimmermann. (Exposición Internacional de Munich, 1890.)

el pronto la causa, la gruesa puerta de la sala giró rápidamente sobre su gozne, y todas lanzamos un grito quedando mudas de terror. La joven María, que tenía cogida una de sus manecitas del marco de la puerta, la retiró llorando, aunque ilesa, gracias á otra mano que pronta como el pensamiento se había colocado sobre la suya, salvándola de aquel horrible magullamiento. En efecto, la mano de Gregoria, pues ella era la que estando á nuestra espalda por movimiento instintivo la había generosamente extendido, estaba espantosamente estropeada; la piel de los dedos arrollada descubría las falanges, y por las yemas brotaban en abundancia gotas de sangre.

Este detalle llamó por el pronto nuestra atención, celebrando la prudencia de Gregoria, si bien muy pronto todas olvidamos el suceso. La continua melancolía de aquella desgraciada, su constante alejamiento de nuestros juegos infantiles, nos hacían pensar en ella muy poco, no faltando alguna que objetara que Gregoria había impedido que la puerta destrozara la mano de María por un movimiento inconsiderado é irreflexivo, hijo de su torpeza, más que por evitar un daño, que no era capaz de compadecer.

Gregoria estuvo con la mano entrapajada muchos días; se pintó el accidente como pura casualidad, para evitar el castigo de las que habían querido asustarnos ocultándose tras de la puerta, dando lugar á aquel percance, y nada más.

V

Transcurridos tres meses y algunos días de la ausencia de mis padres, esperaba con impaciencia su ya próximo regreso, según me había ofrecido mi papá en el último de sus viajes al colegio. Yo contaba los momentos que aún había de permanecer en él, pues una vez satisfecha la curiosidad que despertó en mí la vida conventual, pensaba de continuo en aquellos cuyo afecto entrañable para conmigo no admitía en nada compensación. Faltaba algo á mi vida, que se manifestaba como necesidad apremiante de halagos y caricias. Algunas veces asía con efusión á alguna de mis amigas más queridas, y cerrando los ojos la llamaba madre con el pensamiento; la misma ilusión me proponía conseguir al besar la mano del señor capellán.

En este estado ocurrieron los sucesos que paso á referir, que marcaron indeleble huella á los postreros días que pasé en aquella santa casa.

Debía estar muy adelantada la noche, cuando un rumor extraño y alarmante me arrancó violentamente del sueño. El ruido de voces lejanas, los prolongados sílbidos de los vigilantes nocturnos, los ladridos del perro que guardaba la huerta, el choque estrepitoso de puertas y ventanas movidas con violencia; todo esto en alarmante expectación me tenía anonadada, cuando vinieron á sacarnos de dudas los pasos y voces agitadas de las madres, que cama por cama iban dando la orden de abandonar prontamente el dormitorio.

Tan extraño mandato nos sobrecogió de espanto, adivinando todas algún extraordinario peligro que nos amenazaba; las madres, empero, procuraban tranquilizarnos, diciéndonos que un pequeño incendio amenazaba el edificio y querían retirarnos de allí en evitación de cualquier percance. En efecto, un fuerte olor á maderas quemadas se dejaba sentir, y vivísimos resplandores iluminaban, como heridas por el sol poniente, las ventanas del dormitorio.

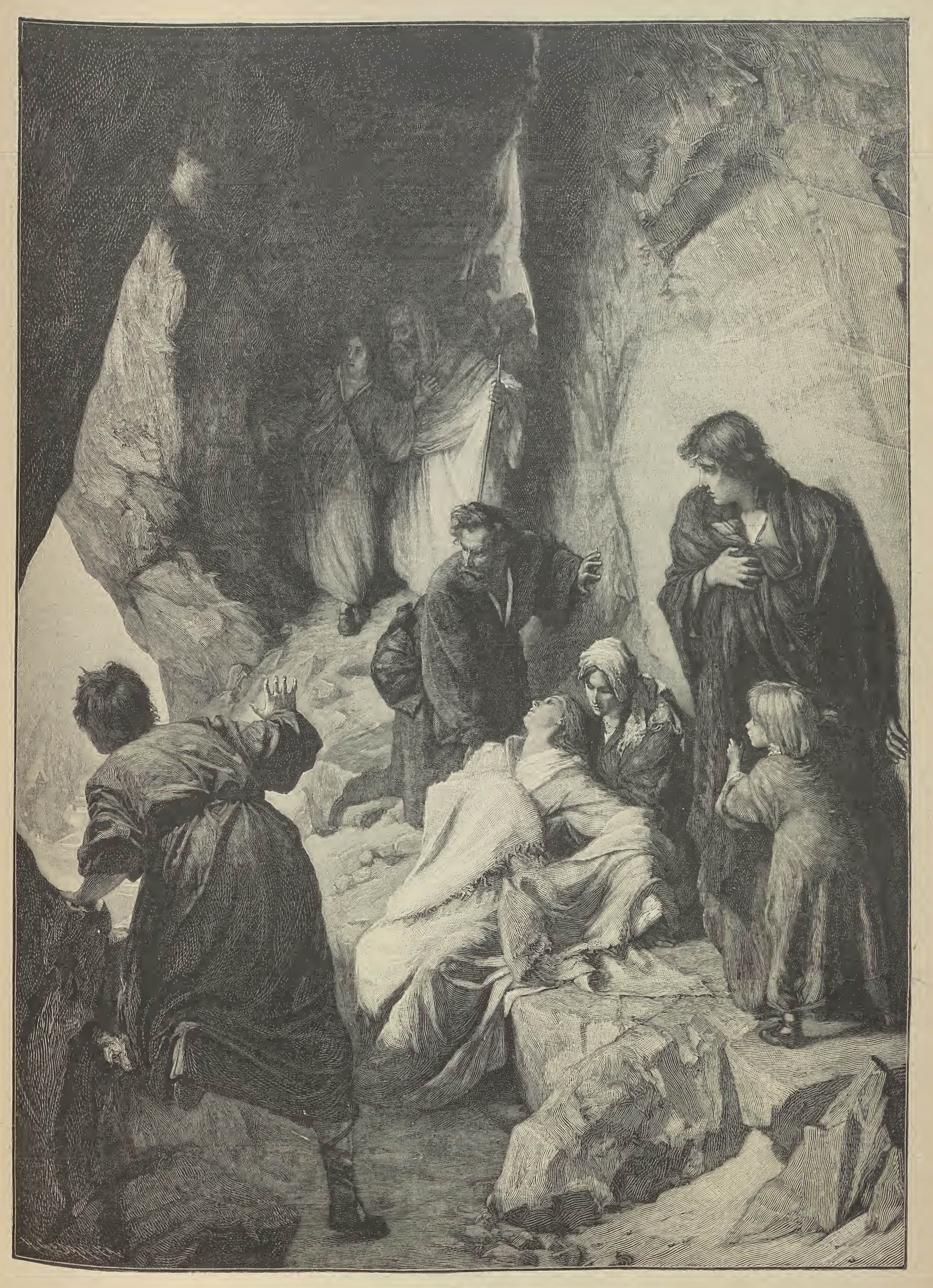
La confusión que se produjo á esta noticia difícilmente podría describrirse; los gritos de espanto hacían inútiles los esfuerzos de las madres, que en vano pretendían hacerse oir; las niñas corrían despavoridas de uno á otro lado descalzas, medio desnudas, fuera de sí, extendiendo los brazos suplicantes en todas direcciones: ¡aquello era horrible! Los momentos al parecer eran preciosos, y la madre superiora empujaba á todas hacia la puerta con ademán imperioso y violento. Nunca le hubiera creído capaz de aquella energía: con una sola de sus manos arrastraba dos ó tres niñas de las más pequeñas, con la otra extendida nos indicaba la puerta, diciendo: «¡Salid, salid prontamente, luego habrá tiempo para todo!» Sus mandatos eran apenas obedecidos, no haciendo todas otra cosa que llorar y gritar desaforadamente, cogidas de las faldas de las pobres madres.

De pronto aumentaron los resplandores, el humo invadió la habitación y saltando una cristalera en mil pedazos, dejó entrada á una rojiza llama. Todas retrocedimos al extremo opuesto que nos alejaba de la salida, y no sabría en verdad relatar lo que sucedió después. Por la puerta de la sala aparecieron hombres ennegrecidos resguardada la cabeza con un casco; adelantaron resueltamente hacia nosotras, y empezaron á sacarnos de allí en brazos. Había bravo de aquéllos que conducía tres ó cuatro; las manos crispadas de algunas de mis compañeras se oprimían fuertemente rodeando el cuello de nuestros salvadores. Yo á mi vez me sentí arrebatada por uno de aquellos hombres, y conservo confusos recuerdos del estado de desorden del colegio, invadido de presurosa multitud. Grupos de soldados y paisanos corrían de un lado á otro descolgando cuadros y trasladando muebles; un señor de edad avanzada, de larga barba blanca, con una medalla al cuello, daba órdenes á todos y aconsejaba el mayor cuidado en las operaciones. Algunos de los padres y encargados de las niñas nos aguardaban en el gran patio del edificio, incapaz en aquellos momentos de contener la gente que en él se encontraba, recibiendo presurosos, desalados, á las niñas que iban conduciendo en sus brazos nuestros heroicos salvadores, á las cuales cobijaban bajo sus propios abrigos con extremada solicitud, mientras que aterradas y desnudas mirábamos con estupor todo aquello.

Trasladada con otras muchas al amplio cenador, colocado de frente á la parte de edificio que ardía, pude apreciar los episodios de aquella memorable noche. El fuego invadía el primer piso, por cada una



«CHRISTUS CONSOLATOR,» cuadro de E. Zimmermann



HUYENDO DE LA INVASIÓN DE LOS HUNOS, cuadro de A. Delug

de cuyas ventanas salían grandes llamas ó volcanes de tupido humo. Llamaba poderosamente mi atención ver á ratos los hombres del casco pasar encorbados sobre el tejado, teniendo á sus pies aquella inmensa hoguera. En otras ventanas hombres de aspecto denodado descolgaban con gruesas cuerdas muebles y enseres del colegio. Se percibía á ratos la corneta entre aquel bullicio; las campanas de la ciudad sonaban á lo lejos. Una bomba colocada en el centro del patio despedía á gran altura agua cogida de la fuente: yo pensaba en los hermosos peces á quien la tarde antes habíamos estado echando migas de pan. De tiempo en tiempo se oía galopar de caballos y ruidos ensordecedores de carruajes, llegando al poco rato, donde estábamos recogidas las niñas, las familias de algunas que habitaban en la ciudad. Las madres les salían al encuentro anticipándose á sus preguntas y señalando al lugar que ocupábamos; después lágrimas, caricias, inmensas efusiones del filial afecto hallando el tesoro que se juzgó perdido.

En medio de todo esto, no pude menos de notar entre aquella escena de desolación el aspecto de la directora trémula y desencajada cuando á breves intervalos se acercaba al grupo numeroso que formábamos las niñas y las personas que iban llegando. Nos miraba una á una, tocaba nuestras cabezas, nos miraba á la cara, y luego volvía á sus continuas idas y venidas. El fuego seguía amenazador; cada una de las ventanas de la nave alta que nos servía de dormitorio vomitaba revueltas llamas. La armadura del tejado comenzaba á hundirse á trechos, sucediendo al ruido de las maderas y las tejas, cuya fila uniforme veíamos disminuir, por el pronto humo denso y trechos de obscuridad, que á los pocos instantes convertíanse en inmensa hoguera de rojizos y entrelazados fuegos.

Había en el colegio desde hacía mucho tiempo, según afirmaban las colegialas de más edad, una pobre anciana decrépita y casi ciega. Sus antiguos servicios cerca de las madres habían amparado su vejez. Veíamosla de tarde en tarde aprovechar los tibios rayos del sol de invierno, sentada en una silla baja de enea, reforzada en el asiento por un remiendo de paño cosido con hilo de cáñamo. Nunca la dejaba de la mano al buscar con tardos pasos los rincones más apartados del jardín ó del patio, aprovechando la luz solar. Noté alguna vez que distraída ó dormitando quedaba envuelta en la penumbra de los árboles; entonces alzaba la cabeza mirando al cielo, y con los ojos dulcemente cerrados cogía su silla y avanzaba pausadamente, hasta estar bañada por el sol; así lo andaba todo. Siempre traía entre manos labor de medias, y de contiņuo movía los labios besando la señal de la cruz en sus dedos huesosos y arrugados. Casi nunca llegábamos á ella porque nada teníamos que decirla; si alguna vez al pasar á su lado la preguntábamos cómo estaba, no solía contestar ni interrumpir el movimiento de sus labios; extendía sus manos hacia la que la interrogaba y cogiéndola de las manos se las besaba respetuosamente. Todas la queríamos, en suma, y nada más. ¡Era tan anciana y estaba siempre tan triste y recogida!

Gregoria era la encargada de la asistencia de esta buena mujer, que se llamaba Francisca, cuando efecto de sus penosas dolencias se veía obligada á guardar cama. Algunas noches en horas avanzadas recordaba entre sueños haber visto subir á Gregoria por una estrecha escalera de madera, que desde uno de los ángulos de la sala dormitorio daba entrada á los desvanes de la casa, en los cuales en dos pequeñas habitaciones con vista al patio, por ventanas de medio punto, dormían Francisca la ciega y Gregoria.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

(Concluirá)

NUESTROS GRABADOS

Las santas mujeres junto al sepulcro, cuadro de Arpad Feszty. (Exposición Internacional de Munich. 1890.)—Las que poseídas de inextinguible fe habían seguido al Señor á Galilea y presenciado, llenas de dolor acerbo, su ascensión al Calvario, no quisieron dejar de venerarle después de muerto, y fueron á depositar ungüentos y aromas sobre el sepulcro en que José de Arimatea había encerrado el cadáver de Jesús.

Este episodio de la Pasión ha servido de tema á Arpad Feszty para un cuadro que, si bien no se ajusta á la narración bíblica, según la cual las Santas Mujeres hallaron revuelta la losa que cubría la tumba y no encontraron en ésta el cuerpo del Salvador, impresiona por el sentimiento á impulsos del cual el artista trazó cuatro figuras interesantísimas y un paisaje triste, apenas alegrado por unas blancas florecillas é iluminado por los primeros resplandores de la mañana, tristeza en perfecta armonía con la escena representada.

Todo nos parece hermoso en este lienzo, pero indudablemente quiso el pintor, y lo consiguió, que la atención se fijara en la Magdalena que, apoyada la frente en la losa sepulcral y medio oculto el rostro entre la ondulaba cabellera, deja adivinar por lo poco que de éste se ve y por la actitud de la figura la desesperación de que su alma es presa, los sollozos que su corazón exhala y las lágrimas en que se arrasan sus ojos.

***

Eloí, Eloí..., escultura de D. Tomás Cardona. – La ciudad de Tortosa puede con razón envanecerse de ser patria de numerosos cuanto célebres artistas: Casanovas, Querol, Marqués, Alcoverro, Ferrer y algunos más, hijos son de la antigua Dertosa y en aquella espléndida campiña que el Ebro baña sintieron todos ellos las primeras inspiraciones artísticas que nada como la contemplación de una naturaleza hermosa logra despertar.

A la lista que dejamos apuntada podemos añadir el nombre de Cardona, que hoy por vez primera honra las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La obra que de él reproducimos y en la que se advierte tanta valentía en la composición como vigor en el modelado, es una combinación felicísima del realismo que tan bien se aviene con la escultura y del idealismo que nunca sienta mal en las bellas artes y que cabe calificar de condición primordial en asuntos como el que ha tratado nuestro paisano; estas dos tendencias á primera vista antitéticas, aparecen en aquélla en tan justas proporciones reunidas y en tan armónico conjunto enlazadas, que ni la sublime expresión del rostro borra de la mente la idea del Hombre, ni la admirable naturalidad del cuerpo es bastante para debilitar en el corazón la creencia en el Dios. Lo divino y lo humano, la doble naturaleza de Cristo, sin la cual no se comprendería la magnitud de la obra de la redención, revélanse clara y elocuentemente en la escultura de Cardona que, además, refleja los sentimientos del Crucificado al exclamar puesto en el divino leño y á punto de dar el postrer suspiro: *Eloí, Eloí, lamma sabacthani*, ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?

Tomás Cardona es muy joven; ha recibido en Madrid lecciones de Suñol, obtuvo un premio en Valencia por un busto del marqués de Campo y reside actualmente en su ciudad natal. Dotado de poderosos alientos, desea acometer grandes empresas y llegar á ser algo.

No pretendemos actuar de profetas, pero nos parece que por el camino que sigue ha de ver colmados sus deseos, que por donde él, y aun con menos fortuna algunos, empezaron los que en el mundo del arte han dado cima á empresas magnas y llegado á ser mucho.

***

¡Crucifícale!, cuadro de Carlos Verlat.—No hay para qué narrar la escena representada en el cuadro que reproducimos. ¿Quién no la conoce?

Los presuntuosos escribas, los hipócritas fariseos, los príncipes de los sacerdotes, todos cuantos en las puras doctrinas de Cristo veían la inminente ruina de su poderío, el terrible anatema de sus vicios, el dique infranqueable á sus concupiscencias, la destrucción lógica de las antiguas leyes en que sus egoísmos y sus hipocresías se amparaban, no podían mostrarse clementes con el que tal revolución en los órdenes social y religioso propagaba, predicando unas ideas de amor y de igualdad que al asentar los cimientos del reino de la justicia daba en tierra con el frágil edificio de su autoridad y de sus privilegios

Y el pueblo ignorante, ¡pobre pueblo!, ¿qué había de hacer cuando aquellos á quienes estaba acostumbrado á considerar y á obedecer como á los más sabios, á los más ilustres y á los más poderosos, pedían á voces la muerte del que vino al mundo para redimirle de la servidumbre en que vivía y á quien con palmas y aclamaciones recibiera unos días antes, ¿qué había de hacer – decimos – más que gritar como los otros y por ellos instigado: ¡Crucifícale, crucifícale!, mientras exigía á Pilato la libertad de Barrabás?

En el número 412 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al hablar del pintor Verlat, dijimos algo acerca del viaje que hizo á Palestina y á Egipto para poder pintar con más exactitud y mejor conocimiento de causa los pasajes más salientes de la vida de Jesús; á la colección fruto de aquella excursión artística pertenece el cuadro que nos ocupa. Cuanto en alabanza de éste dijéramos sería poco: la idea en que está inspirado no puede ser más grande, como ejemplo que es de los crímenes y de las injusticias á que puede conducir el fanatismo guiado por las pasiones egoístas; el contraste entre el ladrón y asesino llevado en triunfo y el Justo, el Dios, escarnecido, insultado y condenado á muerte por la iracunda multitud, es tan vigoroso como elocuente; y en punto á ejecución, difícil habría de ser hallar expresión más adecuada á las malas pasiones y perversos instintos que de tan diversos modos se reflejan en los semblantes, ni mayor energía en la presentación de actitudes, cuya ferocidad no son bastantes á desarmar la resignación y la bondad divinas que tan magistralmente imprimió el artista en el dulce semblante en la actitud tranquila y en la persona toda del Salvador.

La figura de Pilato revela el verdadero carácter del pretor romano, que convencido de la inocencia de Cristo, no tuvo energía para evitar el deicidio, y contribuye al mejor efecto del cuadro, que es sin disputa uno de los mejores producidos por el pincel del ilustre director de la Academia de Bellas Artes de Amberes.

***

Santa María Magdalena, cuadro de Guido Reni, existente en la Galería de Lichtenstein, de Viena. – La escuela pictórica boloñesa de los siglos XVI y XVII cuenta con una serie de nombres por la fama justamente celebrados, entre los cuales puede citarse los Carracci, Domenichino, Albani, Guerrini y Guido Reni. Este último fué, sin duda alguna, el más sobresaliente de todos ellos, y esta superioridad atrájole envidias y persecuciones, á las que alcanzó á sustraerse, ora merced á la protección del papa Paulo V, de quien era pintor favorito, ora apelando á la fuga y buscando refugio en Bolonia y en Nápoles, en donde sus excepcionales méritos no tardaron en crearle nuevos enemigos.

Sus obras, inspiradas casi todas en asuntos religiosos, ocupan los primeros puestos en los más importantes museos, y así las vemos figurar como valiosísimas joyas en los de Madrid, del Louvre, la Haya, Londres, Florencia, Vaticano, Venecia, Nápoles y otros muchos, amén de los varios templos que tienen en ellas sus más preciados adornos.

Sus bustos femeniles llevan impreso un sello característico que no permite confundirlos con los de otros pintores: son tipos de mujeres hermosas de lánguida expresión y extática mirada, llenas de sentimiento y encarnadas en formas cuya pureza y amplitud de líneas recuerdan las que produjo la escultura clásica.

La *Santa María Magdalena* que reproducimos es una de las más bellas y celebradas creaciones del afamado pintor, y aunque el grabado no puede dar idea de la finura del colorido que á los lienzos de Guido Reni caracteriza, es suficiente para probar la incomparable gracia con que éste concebía y la corrección irreprochable con que dibujaba.

***

En el templo, cuadro de E. Zimmermann. (Exposición Internacional de Munich 1890.) Privilegio de los buenos artistas es, no sólo hallar hermosos temas en los grandes hechos, sino también comunicar interés á sucesos poco menos que insignificantes en los que no paramos mientes á pesar de presenciarlos á diario, ó quizás por la misma frecuencia con que los vemos. Tal ha hecho Zimmermann con la escena que reproduce. ¿Quién no habrá visto cien veces en el templo un grupo análogo al que en su lienzo nos presenta? Y sin embargo, ¡cuán pocos habrán sentido solicitada por él, no ya su atención, sino ni siquiera su curiosidad! Pero el pintor ha descubierto en él bellezas por la generalidad inadvertidas, y con la fuerza de su genio y los recursos que su arte le presta ha sabido hacer admirar la copia de aquello mismo que visto del natural era mirado con indiferencia.

Cuando un artista consigue este resultado, cuando para cautivar y hacer sentir no necesita apelar á efectos de éxito seguro, ya por la importancia del asunto, ya por lo atrevido de la composición, bien puede decirse que ha alcanzado un verdadero triunfo, y así lo estimaron el público y la crítica respecto del autor de *En el templo* durante la última Exposición Artística Internacional de Munich.

***

Christus consolator, cuadro de E. Zimmermann. – La pintura religiosa, que en tiempos fué el manantial casi único en donde bebieron sus inspiraciones los más eximios artistas, ha ido poco á poco perdiendo la hegemonía que, por decirlo así, ejercía en el mundo del arte, hasta el punto de que hoy, sea por sobra de materialismo en los tiempos que corremos, sea por falta en los pintores del sentimiento de la fe que tan prodigiosas creaciones hiciera brotar de los pinceles de Donatello, Fra Angelico, Reni, Rafael, Murillo y tantos otros, se halla, por punto general, reducida á la condición de una de las ramas menos atendidas del arte pictórico.

Hay, sin embargo, todavía grandes artistas que en ella sobresalen: díganlo si no los Muncakzy, Kaulbach, Defregger, Max, Bouguereau, Delug, Keller, Liska, Verlat, y en España los que cubrieron de inestimables joyas los muros de San Francisco el Grande.

El pintor alemán Zimmermann pertenece á esta clase y no es de los que menos se han distinguido en el género religioso. Su *Christus consolator* que figuró en la Exposición Internacional de Munich de 1888 y en la de Berlín de 1889, mereció unánimes elogios. Su composición es en extremo simpática: sin reproducir ningún episodio determinado de la vida de Jesús, nos muestra como fuente de todo consuelo al Salvador, cuya sola presencia mitiga el dolor de los afligidos y convierte su abatimiento en resignación y esperanza, mágicos amuletos que confortan al débil y desamparado y le ayudan á llevar la pesada cruz en el calvario de la vida, al término del cual halla el pobre la recompensa de la eterna bienaventuranza.

***

Huyendo de la invasión de los hunos, cuadro de Alois Delug. – Quizás peca este cuadro de cierta vaguedad que impide á primera vista determinar concretamentamente el asunto que quiso tratar el pintor, y quizás también aparecen en él reminiscencias demasiado claras de otras obras del mismo artista; pero á pesar de estos que nos parece excesivo rigorismo llamar defectos, la obra de Delug es digna del afamado pincel que tantas maravillas ha producido en la pintura religiosa y en la histórica. Admirablemente concebidas y ejecutadas las figuras, hábil y artísticamente dispuestos los grupos, con maestría tratado el lugar de la escena, llena de interés dramático la situación, reune el cuadro todas las condiciones que en punto á expresión, naturalidad y corrección puede apetecer el más exigente, y de fijo no habrá quien al contemplarlo no experimente la emoción profunda que el autor se propuso hacer sentir en presencia de este episodio de la terrible invasión de los bárbaros acaudillados por aquel que se denominaba á sí mismo *azote de Dios* y que se vanagloriaba de que donde pisaba su caballo no volvía á crecer la hierba.

El miedo, el cansancio, el desfallecimiento, el terror, la indignación que se pintan en los rostros de los distintos personajes del cuadro de Delug no surgen por medios convencionales, sino que son humanos, verdaderos, arrancados de la realidad misma, y acusan el genio de un artista potente, el sentimiento de un alma apasionada y el pincel de un maestro en el arte de las formas y de los colores.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

El conde parecía leer en mi alma, porque después de vacilar un poco continuó, cual si no hubiera esperado de mí contestación alguna:

– Innumerables circunstancias, nada importantes en sí, se han combinado sin cesar para conducirme á este sitio insensiblemente. Rara vez ha transcurrido un año sin que por alguna casualidad cualquiera no se haya citado su nombre en mi presencia, allí donde no podía esperarlo, y siempre de modo que esa casualidad fuera muy significativa. La circunstancia que me ha decidido al fin sería siempre inexplicable si no la considerásemos como una intervención de ese misterioso director de escena que nos obliga á todos, actores inconscientes, á desempeñar el papel señalado á cada cual en la gran tragedia de la vida humana.

Su voz tembló al decir esto, pero repuso al momento:

– Mi librero me envía periódicamente todas las obras nuevas que se publican. Cierto día el paquete que recibí de él estaba envuelto en una prueba de imprenta, la cual contenía una frase que al punto llamó mi atención; esta frase, permítame repetirlo, la sé de memoria, y V. no la desconoce, puesto que es quien la escribió. «La visión, dice V., no es sino el resultado de la acción; toda visión permanente ó periódica supone una acción anterior; una serie de pensamientos criminales sin resultado de ninguna especie en la acción, no puede producir ningún espectro permanente ó periódico, ó por lo menos yo no conozco ningún caso semejante» Tal vez, añadió el conde, habrá V. penetrado lo bastante en mi existencia para adivinar la impresión que esas palabras debieron producir en mi ánimo Si hubiese aparecido en la pared un oráculo, escrito con caracteres de fuego, no me habría afectado tan profundamente. Envié á buscar al punto la obra á que correspondía aquella prueba de imprenta; abríla impacientemente para ver el título y el nombre del autor, y hallé que era el de V. Desde entonces no he dejado ni un instante su folleto.

El conde se detuvo, mas yo no sabía qué contestar; miróme un instante en silencio, y después, haciendo un visible esfuerzo, cruzó la habitación: al entrar había dejado su capote de viaje en un sillón junto á la puerta, cogióle y sacó un voluminoso manuscrito.

– Usted escribió, díjome con lentitud, solamente por lo que ha visto; pero puedo asegurarle que hay crímenes en que la acción no interviene para nada y que existen espectros cuya realidad daría al traste con toda la filosofía de V... Sírvase tomar estos paquetes... Se ha dicho que el conocimiento del mal podría servir á la causa del bien: este manuscrito será tal vez útil en sus manos... Solamente le pido un favor, y es que no busque guía á través de este laberinto. Peregrino desesperado, en todas partes dejé la huella de mis pasos, y ésta le indicará el camino que debe seguir.

Al pronunciar estas palabras, dirigióse rápidamente hacia la puerta como para evitar una contestación; mas en el momento de salir detúvose, y volviéndose bruscamente, añadió:

– Quisiera que me escribiese después de haber leído con atención lo que acabo de confiarle...

Mi curiosidad fué más fuerte.

– ¡Una pregunta, exclamé, una sola! ¿Y la condesa?

El conde de Roseneck se irguió con majestuoso ademán y señaló el cielo.

– ¡Allá arriba, dijo, á la derecha de su esposo!

Antes de que me repusiera de mi impresión había desaparecido,... pero dejándome en las manos el secreto de su vida...

. . . .

Aquí termina la parte de mi relato, en la que la naturaleza misma de los incidentes me han obligado á ocupar al lector de mi personalidad. En adelante, no hablaré de mí sino en raras ocasiones, y me felicito de ello.

El paquete que el conde de Roseneck me confió contenía muchas cartas de diversas escrituras, pero las más de mano de mujer, cuadernos de notas tomadas por el mismo conde y algunas páginas elegidas al parecer cuidadosamente en un diario íntimo, y con ayuda de estos diversos documentos compuse la segunda parte de mi relato. Como algunos no necesitan comentarios, me he limitado á transcribirlos, y sin duda es ocioso añadir que los sucesos referidos en los capítulos siguientes son muy anteriores á los hechos de que acabo de dar cuenta como testigo ocular.

IV

SETHOS Y AMASIS

Los siglos, con sus series de acontecimientos, habían pasado sobre el castillo de Larnstein sin deteriorarle apenas. Situado en medio de una curva cubierta de bosque que el río Weidnitz trazaba, constituía un cuadrilátero, en cuyo centro veíase un patio donde el musgo crecía libremente, y sus altas torrecillas dominaban una sólida construcción de piedra de color gris. Delante de la fachada Sud del castillo extendíase un espacioso terrado, y una escalera del mismo material conducía á un jardín á la italiana con avenidas muy largas y rectas, flanqueadas de limoneros. En el centro de este jardín hallábase un estanque lleno de agua negruzca, en la cual dormían viejos peces rojos, y más allá se veía una senda cubierta de césped y bosques llenos de gamos y de corzos.

Desde una fecha que al decir del cronista de la familia no debía ser posterior al reinado de Enrique el Pajarero, el castillo de Larnstein y sus dependencias se habían transmitido en línea recta á Alberto, conde Roseneck, hombre excelente, pero de carácter muy débil.

El conde contrajo matrimonio por inclinación, y aunque tardó en hacerlo, su vida conyugal fué feliz. Su hijo mayor, Conrado, tenía ya ocho años cuando nació su hermano Félix, y dos años más tarde sobrevino una hija, á la cual se dió el nombre de María; mas era de constitución débil, y murió á los tres años.

El pesar que los padres experimentaron no había disminuído en nada, cuando la joven esposa de un personaje conocido por sus prodigalidades, el príncipe C., murió al dar nacimiento á una niña. La familia de la princesa habitaba en Bohemia un castillo próximo al del conde de Rosenech, y aunque la condesa contaba algunos años más, entre las dos mujeres mediaba, hacía largo tiempo, la amistad más íntima y cariñosa. La princesa, ya moribunda, solicitó de su esposo el último favor, suplicándole que confiara su hija á su amiga Clara de Roseneck. A pesar de su afición á los placeres, el príncipe había amado apasionadamente á su esposa, y al verla morir, su dolor fué sincero y profundo. Por otra parte, estaba tanto más dispuesto á respetar sus últimas voluntades, cuanto que se juzgaba incapaz de educar por sí mismo á su hija. La pequeña Julieta, pues, se hallaba en la cuna todavía cuando se la condujo al castillo de Larnstein, donde fué confiada á los solícitos cuidados de aquella que en lo sucesivo debía hacerle las veces de madre. En cuanto al príncipe, olvidó muy pronto la doble pérdida que acababa de sufrir, entregándose en Viena á una vida de libertinaje, de modo que á los pocos años sus enormes rentas no bastaron para cubrir el interés de las hipotecas que gravaban todos sus bienes. Después de un arreglo ruinoso, pero necesario, con todos sus acreedores, alistóse en el ejército imperial, y se hizo matar en la batalla de Aspen á la cabeza de su regimiento. El conde de Roseneck, como tutor de Julieta, salvó todo cuanto pudo de los restos de aquella fortuna de príncipe, y la huérfana, no conociendo otro hogar, creció en Larnstein entre los dos hijos del conde. El carácter de la niña era singularmente amable y cariñoso, y la confianza, que constituía su rasgo principal, acrecía diariamente en sus afectuosas relaciones con la familia adoptiva.

La educación de Conrado se completó en Larnstein bajo la vigilancia de su padre, resultando que los principales compañeros de su infancia fueron personas de edad mucho más avanzada. Su carácter era naturalmente reflexivo, y la educación que recibía en la familia desarrollaba más esta disposición, nada común á tan tierna edad. Pocos años después de la llegada de Julieta nació otro hermano, y esto produjo más animación en el antiguo castillo; pero desde un principio las relaciones de Conrado con los dos pequeños tomaron un carácter casi paternal, tanto que Félix y Julieta consideraron al muchacho como un ser superior, pues además de estar dotado de mucha penetración, distinguíase por su excesiva sensibilidad. Muy poco expresivo, al parecer, despertábase su entusiasmo siempre que oía hablar de algún deber cumplido con nobleza, y siempre cariñoso con los dos niños, que veían en él un guía, un consejero y un amigo, Conrado no podía soportar la idea de que su educación se confiase á personas extrañas. Al fin se creyó formalmente capaz de ser su profesor, y esta confianza en sí mismo halagó tan dulcemente las fibras del orgullo paterno, que no le costó mucho obtener del anciano conde de Roseneck el consentimiento tan deseado. En cualquiera otra circunstancia, semejante posición ocupada en la familia por un individuo tan joven hubiera parecido peligrosa y singular; pero en este caso considerábase como consecuencia natural de la precocidad de inteligencia y del carácter grave de Conrado, de modo que á nadie le habría ocurrido acusar al padre de débil ni al hijo de presuntuoso. Sin embargo, en aquella existencia en que todo parecía tan bien regulado, tan tranquilo y tan armonioso, no turbada por ninguna lucha, inquietud ni pasión, la voluntad no tenía un campo de acción en que pudiera desarrollarse, y no teniendo nada que combatir ni que vencer, tampoco necesitaba hacer uso de sus armas.

Así transcurrió el tiempo hasta el día en que la carrera militar, escogida por Félix, obligóle á ir á una escuela especial. La marcha de su hermano dejó un gran vacío en la existencia de Conrado, quien á su vez experimentó el deseo de completar su propia educación, viajando para estudiar las costumbres y la vida de las otras naciones. Al efecto comenzó por Inglaterra.

Familiarizado desde muy joven con la gestión de los grandes dominios territoriales, este país despertó en el conde una curiosidad particular; pero no era Inglaterra el sitio más á propósito para que en Conrado se produjeran las emociones que engendran las pasiones del alma; la sociedad inglesa es poco expansiva, y el carácter tranquilo de Conrado cuadraba bien con las costumbres de un mundo en que toda manifestación exterior parece una infracción del buen gusto. En aquella primera experiencia, nada reveló, pues, al joven viajero que existían pasiones por él no conocidas todavía. Aunque hábil jinete y cazador de mérito, no fueron las grandes batidas contra el ciervo y el jabalí las que le retuvieron en Inglaterra; Londres le agradó más á causa de las colecciones únicas en que se puede leer la historia del mundo, y que se hallan dentro de las paredes del Museo británico. La sección egipcia le fascinaba particularmente, y extasiábase ante los monumentos gigantescos de aquel pasado enigmático que legó sus misterios á los libros de Moisés, á las leyendas de Herodoto y á la filosofía de Pitágoras. Muy pronto experimentó el más ardiente deseo de ver el Egipto por sus propios ojos, y después de una breve permanencia en París, embarcóse en Marsella y llegó al Cairo, perezoso centinela que guarda los palacios encantados del Oriente. Una vez allí, obtuvo un firmán de Constantinopla, contrató un guía experto, alquiló y equipó una de esas embarcaciones destinadas á la navegación por el Nilo, y tomando su Herodoto y su Estrabón, remontó el río hasta Tebas, donde al fin echó pie á tierra. En este punto comenzó á recorrer aquel país de monstruosas ruinas, plantando su tienda tan pronto en medio de los restos gigantescos de Luksor como á la vista del pueblo de Karnac; y prosiguió sus investigaciones y su exploración á lo largo del gran desierto que se prolonga desde ambos

lados del Nilo entre los montes de Arabia y la cordillera Líbica.

Hacía ya algunos días que el conde diera principio á sus excavaciones en la inmediación de un templo de Ammón: una tarde, alejándose de su escolta y deseoso de soledad, fué á sentarse en la gigantesca meseta, de cerca de dos mil pies de longitud, que se eleva sobre el desierto á la altura de más de cuatrocientas varas. Sobre aquel inmenso pedestal habíase erigido el templo de Ammón-Chnufis, el divino príncipe primitivo.

Una avenida formada por seiscientas esfinges de talla colosal, y de una legua de extensión poco más ó menos, conduce á las puertas del sagrado recinto, cuyas salas interiores son tan vastas, que en cada una cabría muy bien una catedral; treinta columnas, de las que sólo se conservan las ruinas, sostenían en otro tiempo los techos artísticamente pintados y esculpidos. No lejos de allí extiéndese el famoso lago artificial que tanto admiró á Herodoto. A la vista de este lago, cuyas aguas silenciosas vieron deslizarse hace siglos las barcas fúnebres que llevaban los despojos humanos desde la morada de los vivos á la de los muertos, Conrado se ocupaba en examinar con profunda atención una momia á la que había poco antes arrancado su envoltura de viso.

La momia se hallaba en un estado de perfecta conservación, y las inscripciones del sarcófago de donde la retirara por la mañana revelaban que el cuerpo era el de un príncipe egipcio muerto en la flor de su edad. Las facciones del difunto, aunque resecas ya y arrugadas, conservaban todavía vestigios de la delicada belleza del adolescente. El cuerpo de aquel joven príncipe á decir verdad, había precedido en tres mil años al del hombre que le examinaba en aquel momento; pero si hubiesen sido contemporáneos, seguramente el egipcio habría resultado ser el más joven de los dos.

El papiro que acompañaba á la momia difería por ciertos detalles del tipo acostumbrado de esos pasaportes para la eternidad que la casta sacerdotal del antiguo Egipto expedía para los muertos. Los jeroglíficos inscritos en todos los monumentos análogos representan, con alguna variedad, la historia de las emigraciones del alma después de la muerte, desde el momento que abandona el cuerpo hasta aquel en que, acompañada de sus genios protectores, se presenta ante la temida balanza del juicio supremo. Un platillo de esta balanza mística contiene el vaso de iniquidad, que se supone lleno de las faltas de la vida, á punto de ser juzgadas; mientras que en el otro hay una pluma, que representa las buenas acciones. Colocados entre dos esfinges, símbolos de la sabiduría, Ea y Annubis presiden el juicio del alma que se encarga de anotar Thoth, fácil de reconocer por su cabeza de Ibis y su cuerpo con la forma humana del dios. Colocado en la punta de una varilla divinatoria, Harpócrates, no el dios del silencio como lo suponían los griegos, sino Harpachruti, el divino misterio de la luz original, présente á toda revelación y á toda resurrección, aplica un dedo á sus labios; y colocado en el umbral del mundo inferior, Osiris espera el momento de pronunciar la sentencia irrevocable que determinará el período de purificación del alma y la naturaleza de sus nuevas pruebas.

Sin embargo, en el papiro que Conrado se esforzaba en descifrar, esta representación convencional del juicio del alma estaba precedida de largas series de de imágenes cuyo objeto era al parecer indicar los incidentes importantes de la vida terrestre del muerto.

En la primera serie un hombre de elevada estatura, ya entrado en años, estaba representado de pie entre las figuras de dos adolescentes; la del centro tenía las insignias reales, y en la mano derecha una varilla con la cual señalaba el trono. En ciertos jeroglíficos que se veían sobre las tres figuras, Conrado reconoció nombres propios que había visto grabados en caracteres cursivos en monumentos examinados antes, y evidentemente eran los de personas representadas en los grupos inferiores La figura central era el Thuoris de Monethón, designado en otras partes bajo el nombre de Ramesces, último soberano de la décimanovena dinastía. Los nombres inscritos sobre las dos figuras más pequeñas, á cada lado de Thuoris, eran Sethos y Amasis, nombres que Conrado no consiguió identificar con ningún personaje conocido de la historia de Egipto.

Debajo veíase una segunda serie de imágenes representando á Amasis ocupado en inscribir diversos caracteres en un papiro, y levantando en la mano izquierda la misma sortija que en el compartimiento anterior el rey tenía en la mano derecha; Sethos volvía aquí la espalda al trono y parecía alejarse.

El tercer cuadro representaba un río, sin duda el Nilo, y en sus aguas dos embarcaciones, en una de las cuales iba Sethos y en la otra Amasis. En el último compartimiento Sethos aparecía solo, de pie en la proa de su embarcación y con los brazos cruzados; la otra, que había zozobrado, estaba con la quilla al sol, medio sumergida en las líneas onduladas que figuraban el río, viéndose á poca distancia un brazo y una mano que surgían de las ondas y que sin duda eran de Amasis. En el índice de su diestra brillaba la sortija que se hacía figurar con tanta persistencia en los tres cuadros anteriores.

Seguía después la serie habitual de imágenes que representaban las emigraciones del alma de Amasis, que partía del corazón del muerto bajo la forma de un ave que llevaba en el pico la llave sagrada de los misterios religiosos Al llegar así ante el trono de los juicios supremos, Annubis, el dios de la cabeza de chacal, colocaba junto á la pluma simbólica, en el platillo de las buenas acciones, el anillo que tanta importancia tenía en toda esta historia pintada, y el platillo parecía descender entonces, como para indicar que se había pronunciado una decisión favorable.

La momia en que se descubrió este papiro tenía en el índice de la mano derecha un anillo de oro con una piedra engarzada, del color de la amatista, pero de un brillo extraordinario, y veíanse en ella caracteres grabados, que el joven no pudo descifrar, pero idénticos á los que se hallaban en las diferentes pinturas de que hablamos antes. Así se hacía evidente que el anillo de la momia era el mismo que en esas representaciones de un drama sepultado bajo el peso de tantos siglos, parecía representar tan fatídico papel.

Conrado se absorbió de tal modo en el examen de su misterioso hallazgo, que no pudo observar la presencia silenciosa de un extranjero, testigo, desde hacía algunos instantes, de su expoliación. El sol estaba ya muy bajo en el horizonte, y á sus fulgores la sombra del extranjero se proyectó al fin en el papiro que el conde tenía en la mano. Sorprendido dejó de mirar la página obscurecida de repente, y su sorpresa se convirtió en inquietud al fijar su mirada en la figura que producía aquella sombra.

De pie, detrás de él, con los brazos cruzados, hallábase un hombre de elevada estatura, de aspecto majestuoso, con ese ropaje blanco y flotante usado por los hijos del desierto.

El rostro de aquel individuo y lo que se veía de su cuerpo bajo la ropa tenían el color de una estatua de bronce, y su aventajada talla destacábase con toda claridad sobre el siniestro fulgor del sol poniente, pareciendo la personificación animada de todo cuanto es solemne y estable en el gran silencio del desierto.

Reconociendo en aquel visitante inesperado á uno de esos nómadas peligrosos cuya repentina presencia no presagia nada bueno al viajero europeo, Conrado cogió instintivamente la carabina de dos caños que tenía junto á sí; mas el árabe contestó á este ademán con una mirada de silencioso desprecio, recordando así al señor silesiano que hubiera podido atentar premeditadamente contra su vida con toda seguridad de darle muerte antes que le fuera posible ni siquiera sospechar su intención.

Humillado al reflexionar esto, el joven dejó la carabina sin pronunciar palabra, y entonces el hombre cuya mirada le había desarmado, fué el primero en romper el silencio.

—¡Extranjero!, le dijo en esa *lengua franca* que es el idioma corriente en el Sur, guárdate bien de penetrar en los secretos de la tumba, pues no es bueno para los vivos hablar con los muertos.

—Podría ser así, replicó el conde, si la tumba fuese menos discreta de lo que es, pues rehusa contestar á mi pregunta, aunque yo no le pido revelaciones del otro mundo. Lo que yo busco es la explicación de las cosas cuyo carácter humano atestiguan sus propios archivos.

—¡Insensato!, exclamó el árabe. ¿En qué te puede aprovechar el conocimiento de esas cosas? ¿Puedes tú saber si la naturaleza de una fuerza cualquiera es buena ó mala cuando no obra y está sometida á la inercia?

Conrado señaló el papiro.

—Lo que yo busco, dijo, es la historia de la vida humana, y la actividad de ésta no puede sobrevivir á un sueño de tres mil años.

—Tú dices eso, repuso el árabe; pero ¡mira!

Al pronunciar estas palabras inclinóse y recogió sobre el viso una espiga que Conrado, en su afán por examinar la momia, no había visto aún, y de la cual hizo caer un grano en la palma de su mano bronceada.

—Este grano de trigo, continuó, recogido hoy en la tumba y arrojado mañana en el surco del arado, dará el fruto de una brizna de hierba cortada por la hoz que segó la cosecha de los Faraones, antes que ellos y su gloria fuesen recogidos en los graneros del tiempo. ¿Quién te asegura, pues, que los siglos á que este grano de trigo sobrevivió pueden aniquilar la simiente del alma?

—¡Extraña pregunta!, murmuró Conrado hablando consigo mismo más bien que con su interlocutor. Yo entiendo, añadió, que solamente en los organismos inferiores puede la vitalidad sobrevivir largo tiempo á la inacción. ¿El grano de trigo?... Tal vez sí..., y acaso también algunos de esos seres microscópicos y rudimentarios apenas salidos de la materia inorgánica;... pero ¿el hombre?... ¡No!

El conde se acercó á la momia y examinó sus facciones silenciosamente; después, cogiendo la mano del muerto, retiró el anillo de su dedo rígido y examinó los caracteres en él grabados.

—¡Sí!, murmuró, inflexible es la inevitable mano y jamás reposa. ¡Contempla la escritura de Seb Kronos!

—¡Ah!, exclamó Conrado, me es imposible leerla.

—No lo sientas, repuso el árabe, pues más valdría para ti conservarte siempre en esa ignorancia. Sin embargo, puesto que has preguntado al oráculo, añadió en voz baja y con expresión de terror mientras tenía la vista fija en el anillo, escucha las palabras de aquel que aniquila y no puede ser aniquilado:

«Yo soy lo que será y lo que es; yo soy aquel á quien se espera siempre, y que sin embargo está siempre allí Yo soy el único que hace lo que quiere y quiere lo que hace, y el único también que conoce el porqué. De mi mano brotan el bien y el mal, la vida y la muerte; yo soy la luz y las tinieblas. ¡Hijo del hombre, abstente de los deseos del corazón y no luches con la mano de Seb Kronos!»

—¿Es ese verdaderamente el sentido del amuleto?, preguntó Conrado.

—Son las palabras del amuleto, contestó el árabe, poniendo el anillo en el dedo del conde. En cuanto á su sentido, añadió, fijando en la momia una mirada persistente, más valdría para ti no haberla descubierto nunca. Aquel que fué el primero en penetrar el secreto yace ahora á tus pies. ¡Esa es la primera víctima del oráculo!

Y cogiendo el papiro de manos del conde, señaló la primera serie de imágenes

—Aquí ves, continuó, á Thuoris y sus dos hijos, Sethos, el primogénito, y Amasis, el más joven. Desconociendo la prerrogativa del derecho de nacimiento, el soberano transferirá el reino al que pruebe su sabiduría explicando el enigma del anillo, y á decir verdad, el monarca cometió una imprudencia al trastornar así el orden de la naturaleza. Amasis comprendía muy bien la escritura de los dioses, y como sabía explicar sus obscuras sentencias, leyó el enigma del anillo y dió la interpretación al rey. Las palabras grabadas á la piedra eran las de Seb Kronos, cuya mano es inevitable, puesto que es la de aquel que será y que es. De este modo Sethos perdió el cetro y obtúvolo su hermano Amasis, quien ocupó el trono paterno á la muerte de Thuoris. Sethos no trató de luchar contra la mano de Seb Kronos; inclinóse ante el poder de su hermano, mostrándose muy reverente ante las palabras del oráculo, y no las olvidó más tarde, cuando Amasis hallándose en medio de las aguas tendió hacia él una mano suplicante, en la cual pudo ver la sortija en que estaban grabadas. Esta vez Sethos no trató tampoco de luchar contra la mano de Seb Kronos, y el rey Amasis pereció á la vista de su hermano, desapareciendo bajo las olas.

—¿Y qué fué de Sethos?, preguntó Conrado.

—¿No has dicho antes, repuso el árabe, que no pedías á la tumba los secretos del otro mundo?

Conrado, algo confuso por el tono de esta contesción, apartó su vista de la figura del árabe, y fijóla en el anillo que le había puesto en el dedo. El sol acababa de ponerse detrás de las lejanas cumbres de las montañas de Libia, y en el cielo sereno y velado de aquellas soledades la luna llena parecía tener suspendido su gran disco de plata. El pálido fulgor hirió la amatista mística, que semejante á un ojo infernal lanzó en todos sentidos brillantes rayos... Y cuando Conrado levantó al fin la cabeza, el árabe había desaparecido. La marcha de aquel extraño visitante había sido tan silenciosa como su llegada, y Conrado no vió ya de él más que su elevada silueta, deslizándose en la obscuridad como un fantasma á través de las ruinas colosales del templo de Ammón.

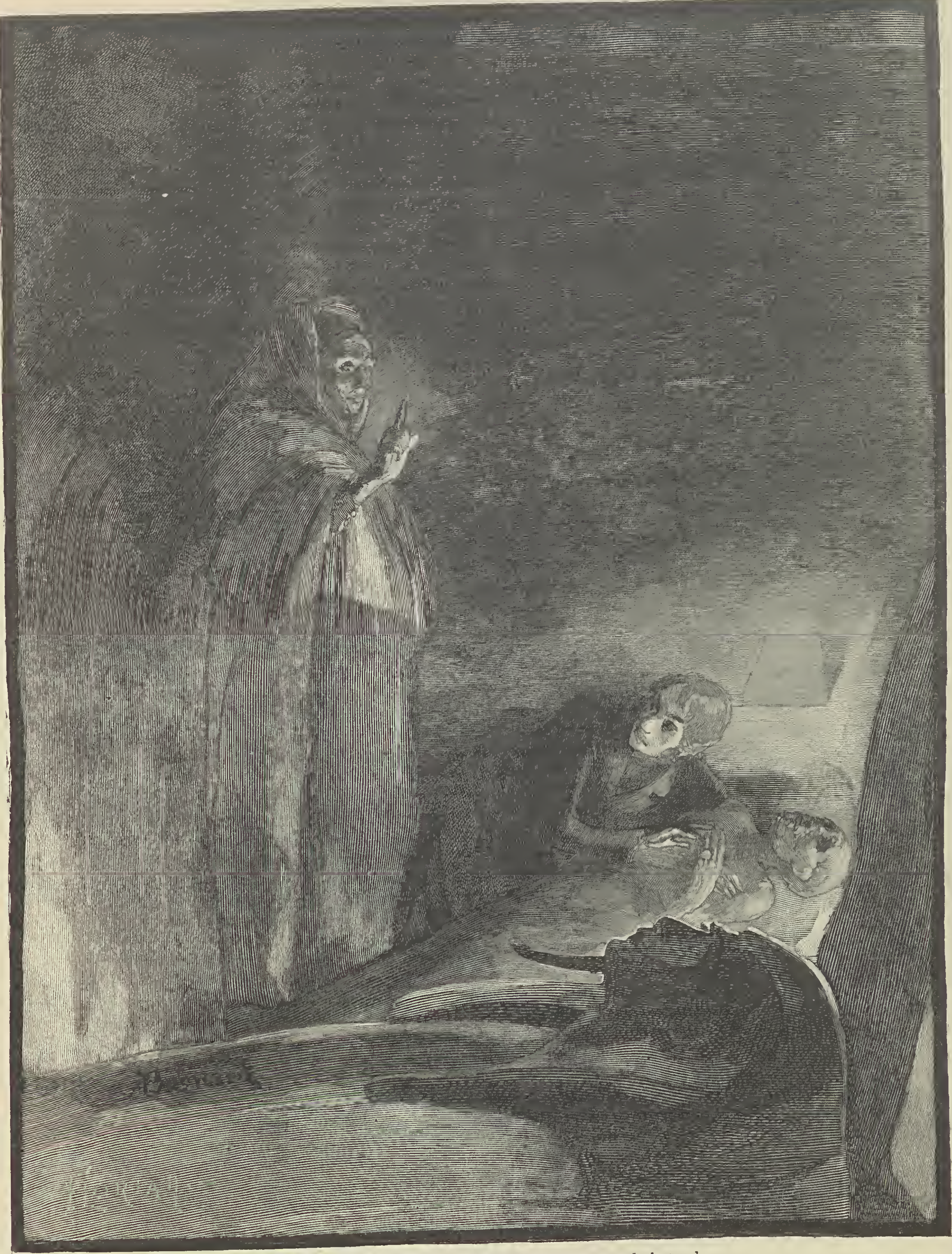
V

LA LLEGADA DE LOS DIOSES

Inútilmente se buscó al árabe; ningún individuo de la comitiva del conde le había visto llegar ni marcharse, y de las pesquisas practicadas en los pueblos inmediatos resultó que desde hacía algunas se-

manas no se había visto ninguna tribu de nómadas. La numerosa y bien armada escolta de Conrado tenía ya cierta reputación que mantuvo á respetuosa distancia á todos los merodeadores del desierto.

Aquella inesperada entrevista había impresionado mucho al conde, quien buscaba en sus recuerdos las menores circunstancias de ella, y cuando más la estudiaba en sus detalles, más misteriosa y perturbadora le parecía toda la escena. Los monumentos y los difuntos eran testigos que no podían contestarle, y la naturaleza misma parecía aliarse con las circunstancias para rehusarle la prueba que deseaba. Cuando volvió á la mañana siguiente al sitio donde el extranjero le había interpelado, la fina arena que cubría las ruinas del templo no conservaba ninguna huella de pie humano, y no obstante, los recuerdos del conde de Roseneck sobre los sucesos de la tarde anterior estaban vivos en su memoria. Hubiera podido describir el menor rasgo de las facciones del árabe y todas las particularidades de su traje; pero ningún hecho exterior venía á corroborar impresiones tan vívidas; en una palabra, no tenía ninguna prueba material de la realidad de los hechos, como no fuera su conocimiento de la historia del papiro y la explicación de los caracteres grabados en el anillo.



¡Extranjero!, guárdate bien de penetrar en los secretos de la tumba.

También conservaba éste, mas no podía recordar por nada que le hubiese retirado del dedo de la momia. Sin embargo, por otra parte, las pinturas de aquel papiro eran tan inusitadas y por lo mismo tan notables, y escribían tan claramente la historia de los dos hermanos, que al fin se preguntó si toda aquella aventura no sería, después de todo, el resultado de una sugestión inconsciente.

De este modo, andando el tiempo, los recuerdos de Conrado sobre aquel incidente rodearon toda la escena de una especie de claro-obscuro; el espíritu nebuloso del joven alemán rechazaba tal ó cual inverosimilitud para adoptar otra cualquiera, y al fin, dudando de la realidad del jefe árabe, hallábase dispuesto á sostener que por medio de un talismán su alma se había puesto en comunicación durante un momento con la del príncipe egipcio Sethos.

Hallándose próxima la inundación del Nilo, que para los indígenas es la estación más importante del año, el conde de Roseneck se vió obligado á dirigirse rápidamente al punto de partida de la expedición. En el Cairo confió el resultado de sus excavaciones á varios agentes dignos de confianza, y sin perder el tiempo en observar cómo se efectuaba el embarque para Europa, emprendió la marcha hacia Alemania.

Cuando entró en Larnstein, al cabo de una ausencia de cinco años, el único individuo que faltaba en el círculo de la familia era Félix, quien no había completado aún el curso de sus estudios en la escuela militar. Conrado le escribió para anunciarle su regreso, manifestando su intención de ir á verle, en el caso de que no pudiera obtener licencia. Félix contestó por una carta, cuyas primeras líneas transcribo aquí:

«(Privada y confidencial.)

»¡No vengas, hermano; guárdame el secreto, pero no vengas! Preparo una sorpresa á nuestros queridos padres, y con este objeto me examinaré seis meses antes del término fijado. Mi impaciente deseo de volver á estar contigo parece activar la lentitud de mi espíritu; pero ya comprenderás que si vinieses ahora concluiría de una vez con las raíces cúbicas y cuadradas que deben constituir mi alimento cotidiano, y en historia militar tal vez escandalizara á mis profesores afirmándoles que la batalla de Preston-Pans fué perdida por Federico el Grande. De esto tendrías tú la culpa, porque la visita me trastornaría el cerebro. En su consecuencia, no vengas, y sé discreto y silencioso como las sepulturas de Tebas. Y á propósito, ¿dónde está Tebas? ¿No es una ciudad de Pomerania, de quinientas almas, mil quinientas casas, una capilla protestante, ocho sinagogas y dos fábricas de porcelanas?... ¿No? Pues entonces, el diablo se lleve á los geógrafos, que me han enseñado esas falsas nociones...»

. . . .

Conrado guardó el secreto, pero escribía continuamente á Félix, estimulándole en su resolución de examinarse antes de Pascua y dando á su hermano los consejos que le parecieron útiles.

Entretanto la ausencia de Félix permitía á Conrado disfrutar de la presencia de Julieta, sin que nada fuese á turbar una felicidad que se acentuaba todos los días.

Cuando al cabo de una larga ausencia nos vemos de nuevo reunidos con aquellos á quienes se ama, experimentamos un sentimiento extraño, pero que no carece de encanto A causa del alejamiento, de la duración de la ausencia y de haberse borrado los recuerdos, las cosas más familiares del hogar doméstico son ya para nosotros en parte extrañas; al verlas nos causan una dulce sorpresa; pero esta sensación produce delicias incomparables cuando nace de la presencia de un ser de quien nos separamos cuando era niña y á la cual encontramos ya convertida en hermosa doncella. El fantasma de la niña que acariciábamos en otro tiempo reaparece aún en la mujer desconocida que se presenta ante nuestros ojos.

Conrado de Roseneck debía pasar por todas estas sensaciones al llegar á Larnstein. Al marchar, Julieta era una niña encantadora, y á su regreso veía una joven en la flor de su gracia y de su hermosura y tan afectuosa y confiada como lo fué antes. Para ella Conrado era siempre el ser más perfecto, el tipo más acabado que se pudiera soñar, y por esta constancia de sentimientos merecía más el cariño de Conrado. A pesar de esto, existía una diferencia entre sus relaciones actuales y las de otro tiempo, y para el joven viajero la diferencia era inmensa, tanto, que produjo en él un cambio de que no se daba bien cuenta y cuya naturaleza exacta no trató de comprender. Este cambio se manifestaba bajo la forma de una timidez casi religiosa; al acercarse Julieta parecíale que todo su ser se tranquilizaba y santificaba en cierto modo; era un sentimiento análogo al que se experimenta al entrar en una iglesia, y comprendía que no le era posible dar á la joven el nombre de hermana. Si hablaba con *ella* su voz era más dulce y más grave; en presencia de tercero rara vez le dirigía la palabra, pero todo cuanto decía era para *ella*. En cuanto á Julieta, no manifestaba del mismo modo los sentimientos que pudiese experimentar respecto á su amigo de la infancia; pero no se daba cuenta de cambio alguno en la naturaleza de estos sentimientos. Conrado personificaba á sus ojos todo cuanto es bueno y noble, y admiraba en él cualidades que rara vez descubría en los demás hombres. Todas las condiciones en la vida de aquellos dos seres tendían, pues, á producir una completa unión; ésta hubiera podido ser resultado de la simpatía que á Julieta inspiraba el joven; mas para que aquél se produjese habría sido preciso que Conrado pudiera sorprender y utilizar ese instante misterioso en que la mujer se da cuenta, por decirlo así, del sexo á que pertenece.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL CARBONO

Carburo es el nombre patronímico de un grupo de cuerpos conocidos con el de carbón, el cual grupo comprende, al lado de las más vulgares como la hulla, el negro de humo y el hollín, materias tan preciosas como el diamante. Multitud de experimentos han sido precisos para determinar esta identidad de naturaleza entre el diamante límpido, transparente, brillante y el prosaico carbón de piedra, que más útil que aquél, da vida al mundo con las máquinas, que son la riqueza de las sociedades modernas: el hecho ha sido probado por los experimentos de la Academia del Cimento y los de Lavoisier.

Fabricación doméstica del carbón. – El hombre utiliza todos estos carbones naturales, pero fabrica muchos otros de uso muy frecuente, tales como el coke, el negro de humo, el negro animal y el carbón vegetal. La fabricación de éste es tan fácil que sólo exige algunas ramas pequeñas y un jardín del tamaño de un pañuelo de bolsillo en donde practicar un agujero de unos 0'30 metros de profundidad: en el fondo bien apisonado del mismo, colócanse algunos pedazos de madera seca, á los que se prende fuego, y sobre ella se dispone una primera capa horizontal de varitas de madera de la longitud del agujero, cuidando de dejar un espacio entre ellas: cuando estas varitas empiezan á arder, se pone otra capa de palos formando cruz con aquéllas y dejando también espacios intermedios y así sucesivamente hasta que el hoyo esté lleno. No hay que ir muy de prisa en la erección del edificio, pues las llamas han de prender en una capa antes de poner encima otra. Cuando se juzga que la operación va bien, se cubre el armatoste con ramas más grandes y ligeramente mojadas entre las cuales no se deja espacio alguno libre y se tapa todo con una capa de tierra húmeda. Si la operación ha sido comenzaba por la tarde, al día siguiente se puede destapar el hoyo, que se encontrará lleno de un excelente carbón vegetal negro, brillante y frágil.

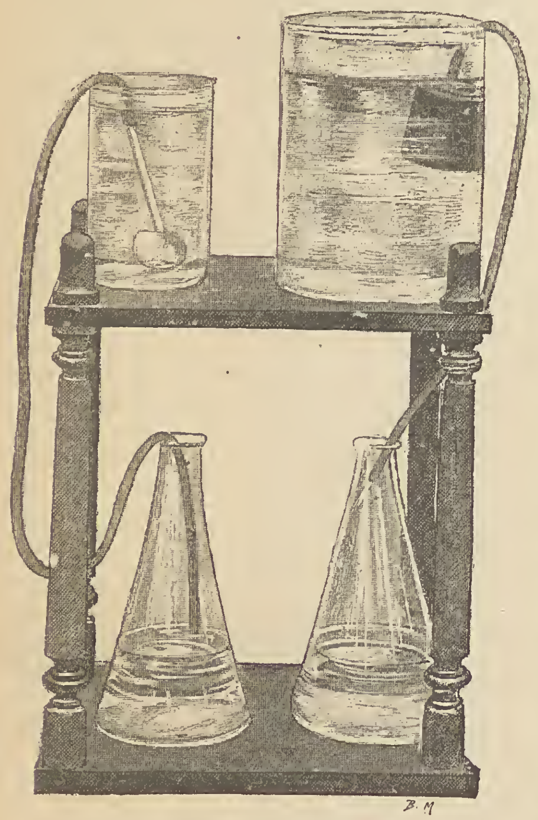


Fig. 1. Filtración del agua

El gas de agua. – Un cuerpo en combustión se apaga al ser introducido en el agua; esta verdad, por evidente que se crea, parece desmentida por ciertos hechos. ¿Quién no ha visto á un herrero echar agua en el carbón para que arda más? Si una lluvia torrencial ayuda á apagar un incendio, una lluvia menuda le comunica mayor violencia; si una bujía se extingue soplando en ella, un fuelle aviva el fuego de una chimenea Estos hechos, á primera vista contradictorios, tienen fácil explicación.

El agua, arrojada en gran cantidad sobre un cuerpo que arde, lo apaga cuando le priva del contacto del aire y cuando enfría la llama lo bastante para detener su combustión: así obra la corriente viva de aire que, al enfriar el gas de la bujía, le impide arder. Por el contrario, el aire arrojado á una gran hoguera le proporciona el oxígeno para la combustión necesario. Las gotas de agua que el herrero echa en su fragua no la enfrían lo suficiente para apagar el fuego; entonces el agua en contacto con el carbón al rojo se descompone, produciendo gases combustibles que al arder aumentan la temperatura de aquél.

Estos gases, que pueden recogerse apagando carbones rojos en agua y debajo de una botella llena de agua, se componen de hidrógeno, de carburos de hidrógeno y de óxido de carbono cuya combustión produce la hermosa llama azul que flota encima del carbón encendido en una chimenea.

Fig. 2. Filtro-fuente para comedor

Filtración de las aguas. – A consecuencia de los recientes trabajos sobre los microbios y de la relación que éstos tienen con las enfermedades, los higienistas han fijado su atención en el agua, principal vehículo de aquéllos. De aquí que muchas familias sometan el agua destinada á la alimentación á una depuración previa por medio de filtros.

De éstos los hay de muy diversas clases: en unos, como el de Chamberland, se obliga al agua á atravesar una porcelana especial que detiene gérmenes y microbios, ó, como en el aeri-filtro Mallié, se airea por un procedimiento especial al agua al mismo tiempo que se filtra y sale muy límpida y oxigenada.

Muchos filtros utilizan las propiedades decolorantes y desinfectantes del carbón vegetal. Los modelos de este sistema son también en gran número.

Tenemos, en primer lugar, el tonel-filtro, de construcción sencilla y que puede prestar grandes servicios en determinadas circunstancias, pues permite obtener agua pura de un charco cenagoso. Este tonel es de doble fondo; sus dos fondos tienen muchos agujeritos y entre ambos hay una capa de carbón vegetal comprimida entre dos capas de arena. El tonel, abierto por arriba, penetra en el agua de la charca y, si ésta no es muy profunda, descansa en el fondo: el agua tiende á tomar en el interior del mismo igual nivel que en el exterior ocupa, y para ello atraviesa las capas de arena y de carbón y llega límpida al tonel, de donde es extraída.

Otro aparato basado en el mismo principio, aunque mucho más complicado, es el filtro Magnien, que no sólo clarifica, sino que purifica también el agua. Sobre un cono de tierra con varios agujeros se fija un tejido especial de amianto, en cuya superficie se coloca una capa de carbón muy fino, obtenido por medio de una preparación designada por su inventor con el nombre de *carbo-calcis*, y encima se pone otra capa del mismo carbón en fragmentos: por el vaso en donde cae el agua filtrada circula libremente el aire, con lo que aquélla resulta perfectamente aireada. Con este aparato, no sólo resulta el agua clarificada, sino que si en ésta se pone, antes de la filtración, acetato de plomo ó sulfato de hierro, no se descubre en la misma, después de filtrada, el menor vestigio de tales substancias. De este filtro hay varios modelos, para usos domésticos, industriales y hasta uno muy pequeño de bolsillo, llamado fieltro reloj, que, sumergido en el agua muy impura de una charca, permite beber por aspiración, por medio de un tubo de caucho, un agua potable que nada deja que desear.

Con el nombre de *filtros sifones* existe un gran número de aparatos sencillísimos constituídos esencialmente por un cilindro de un carbón especial, que llevan un pequeño tubo de cristal, en cuyo extremo se fija un tubo de caucho: sumergiendo un filtro de éstos en agua impura, basta aspirar por el tubo para obtener agua límpida que se puede recoger en una vasija (fig. 1).



Fig. 3. Filtro-embudo para mesa

Hay también *filtros fuentes* de greda para comedor, *filtros embudos* para mesa (figs. 2 y 3) cuyo uso indican claramente los grabados; y hay, además, un filtro sencillísimo que cualquiera puede construir con una pipa de tierra y un poco de carbón (1).

F. Faideau

(1) La descripción de este filtro pueden verla nuestros lectores en el número 455 de La Ilustración Artística.

APLICACIÓN DE LA FUERZA CENTRIFUGA Á LOS ANÁLISIS QUIMICOS INDUSTRIALES

El análisis por medio de los líquidos titulados constituye, en general, el procedimiento ideal de los análisis industriales desde el punto de vista de la sencillez, de la rapidez y de la facilidad, ya que no de la precisión. Desgraciadamente en algunos casos los procedimientos del análisis volumétrico ofrecen cierta incertidumbre hija de la lentitud con que se separan los precipitados por efecto de la escasa diferencia que por regla general existe entre la densidad de los mismos y la de la solución en que se producen.

La fuerza centrífuga proporciona un medio de acelerar la separación del líquido y del precipitado. En una nota recientemente publicada en el *Genie civil*, M. R. Lezé, profesor de la Escuela de Grignón, expone la manera de aplicar á los análisis químicos este procedimiento sencillo y en extremo ingenioso.

Como en un análisis determinado conócese aproximadamente la cantidad de la materia que se busca, el procedimiento consiste en preparar cierto número de tubos que contengan una misma cantidad determinada de la materia que se experimenta y en echar en cada uno de estos tubos cantidades de precipitantes crecientes, según una ley conocida, determinada en cada caso por la precisión que haya de lograrse y por la naturaleza del análisis que se haya de practicar.

Hecho esto, se agitan los tubos y se les somete á la fuerza centrífuga, con lo que la separación se efectúa, dirigiéndose las materias más pesadas á los extremos más distantes del eje de la rotación, y obteniéndose, después de una rotación bastante rápida y prolongada, líquidos tan claros como si hubiesen sido filtrados.

Luego se cogen todos los tubos y se añade á cada uno una gotita del precipitante; los que todavía se enturbian denotan una insuficiencia de reactivo, al paso que los que ya no precipitan indican exceso de éste. La cantidad de reactivo necesaria está comprendida entre la que precipitó un tubo y la que no precipitó el siguiente.

Este procedimiento tan sencillo ha sido aplicado en el laboratorio de Grignón, utilizando el aparato que se conoce en el comercio con el nombre de *lactocrito*, destinado á separar por medio de la fuerza centrífuga la materia grasa de la leche.

Este aparato se compone esencialmente de un bloque de acero torneado, en el que hay practicados, en la dirección de los radios, algunos agujeros cilíndricos ligeramente inclinados sobre la horizontal, lo cual asegura la estabilidad de los tubos en ellos introducidos.

Por medio de un manubrio y de un juego de engranajes y de roscas sin fin, el bloque de acero recibe una velocidad angular de 2.400 vueltas por minuto, ó sean 40 por segundo. Y como el radio medio del bloque de acero es de 15 centímetros, la fuerza ejercida sobre la unidad de masa es unas 700 veces mayor que la ejercida por la gravedad, siendo por consiguiente la velocidad de depósito 25 veces más rápida que en el caso de la precipitación espontánea bajo la simple acción de la gravedad.

Para aplicar el lactocrito al análisis basta hacer fabricar tubos de cristal de un diámetro algo menor que los agujeros de aquél y graduarlos en centímetros cúbicos. Estos tubos se cierran con tapones de corcho ó de caucho. Es conveniente poner un poco de mercurio en el fondo de los bloques de acero, pues de esta manera cada tubo de cristal descansa sobre un fondo blando que le preserva del contacto con el hierro y evita las rupturas.

También se puede envolver el tubo en una hoja delgada de bricho, ó en un tubo fino de latón ó en una hoja de caucho.

Cuando las reacciones han de produbirse á calor suave, es posible obtener la temperatura que se desea sumergiendo el bloque de acero en agua caliente antes de montarlo, y aun mejor sin desmontarlo cubriéndolo con una plancha ó con una tapadera de hierro colado previamente calentadas.

El lactocrito, hasta ahora destinado exclusivamente al estudio de la composición de la leche, está, pues, llamado á desempeñar un papel útil en los laboratorios de análisis industriales, sustituyendo con ventaja en muchos casos las engorrosas filtraciones, los largos lavajes y los procedimientos delicados de la química.

(De *La Nature*)

***

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN por autores ó editores

SEIS TIPOS AÉREOS. BREVE ENSAYO DE ORNITOLOGÍA PASIONAL, AMENO Y HUMORÍSTICO, *por don Juan Rivas Ortiz.* – El estudio que en este libro se hace de las pasiones, costumbres, tendencias y carácter de algunas aves presentando al gorrión como granuja del mundo aéreo, al águila como símbolo de la tiranía, al ruiseñor como representante del amor más apasionado, á la golondrina como emblema de la constancia y de la modestia, al cuervo como compendio de todos los perversos instintos, y á la perdiz como ejemplo de amor á la familia y al hogar; las comparaciones, de tal estudio derivadas, entre el mundo de las aves y el de los hombres, y las consideraciones oportunas que todo ello sugiere al autor, prestan á esta obra interés, originalidad y amenidad grandes.

El libro, ilustrado con seis dibujos del autor fotograbados por Thomas, ha sido editado en Albuñol, en cuya librería de D. Juan López García y en las principales de España se vende al precio de 3 pesetas.

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Interesantes como todos los de esta notable publicación son los cuadernos 10.° y 11.°, últimamente recibidos. Contienen, además de 8 páginas cada uno de excelente texto, cuatro fototipias representando el Sepulcro de don Juan de Aragón, varias armas ibéricas de hierro y bronce de la colección de D. Pablo Gil, un tibor de búcaro (traído á España después de la conquista del Perú) propiedad de la baronía de Hervés y las ruinas del ex convento de San Lázaro.

Suscríbese en las principales librerías y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



ESTUDIO DEL PINTOR CARLOS GUILLERMO DIEFENBACH. (Véase el artículo del núm. 479.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN